



Respira

ANNE-SOPHIE
BRASME

Lectulandia

Respira es la cruda confesión de la joven Charlène Boher, que a los 17 años fue acusada de asesinar a su gran amiga. Desde su celda, desvelará con total frialdad las razones de su «locura», de su adolescencia torturada, tan llena de vacío afectivo y conflictos no resueltos.

El fuerte vínculo que se establece entre estas dos compañeras de clase las lleva, poco a poco, a un descubrimiento terrible de sus verdaderas personalidades. Una atracción sincera y una amistad que acaban mezclándose con el lado oscuro de las dos jóvenes: celos, humillaciones, obsesión y crueldad se barajan como desencadenantes de un crimen que «obliga» a Charlène a enfrentarse, hasta el fondo, con su locura.

Esta primera novela de la joven autora Anne-Sophie Brasme, que escribió con 16 años, engulle al lector desde el comienzo y le introduce en ese laberinto de la obsesión que, desafortunadamente, ha acogido a algunos jóvenes de nuestro siglo XXI.

Lectulandia

Anne-Sophie Brasme

Respira

ePub r1.1

MaskDeMasque 13.06.15

Título original: *Respire*
Anne-Sophie Brasme, 2001
Traducción: Sacra Comorera

Editor digital: MaskDeMasque
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Hay en nosotros un ser escondido, desconocido, que habla una lengua
extranjera, y con el que, tarde o temprano, tenemos que entablar
conversación.*

François Taillandier, *Anielka*

Hay momentos en que, a partir del crepúsculo, una sombra fría e incolora se insinúa. Se desliza a lo largo del pasillo central, antes de colarse bajo las puertas de hierro hasta este pequeño espacio limitado rodeado por las paredes de las celdas. Y esa misma opacidad es la que nos visita cada noche, fiel, inalterable. Por más que nos pasemos horas mirando este vacío que de pronto envuelve el mundo bajo nuestra mirada, no podemos adivinar ninguna señal antes de que despunte el día, tras las rejas eléctricas que amurallan el patio, en esta nada sin principio ni fin.

Aquí, el eco del rudo andar de las guardianas que se alejan marca el principio de la noche. Exactamente a las doce, ningún ruido perturba ya nuestro silencio. En ese preciso instante la misma impresión de soledad y de pérdida viene a apoderarse de cada una de nosotras.

Durante esas horas, ya nadie es capaz de dormir.

Sé que es imposible conciliar el sueño en este lugar. Es una de las primeras cosas que aprendí al llegar aquí. Por más que demos vueltas incansablemente sobre el colchón de nuestros catres, que ronquemos, que tosamos, que hablemos en voz alta para simular una inercia, sé muy bien que en este lugar donde el aislamiento es más duro que en cualquier otro, las noches se vuelven insomnes.

Están las que lloran. Las primeras semanas estos sollozos parecen gritos de revuelta y de odio. Es el sentimiento de injusticia y de pena que se trasluce. Y más tarde, en el transcurso de los meses, de los años, las lágrimas aprenderán a callarse, hasta volverse plenamente inaudibles. A pesar de ello, todavía existen, están ahí, ancladas en este silencio, y el tiempo no conseguirá jamás borrarlas del todo.

Están las que rezan, aunque aparentemente estas mujeres dan la impresión de pasar completamente de todo. Cuando se callan, hacen ver que son almas insensibles, pero cuando llega la noche, son las primeras en mirar el cielo fijamente y en hablarle en una lengua que sólo les pertenece a ellas. Es la única salida que han encontrado para escapar de sus pesares.

Las demás se contentan simplemente con soñar despiertas. Sus familias, sus esperanzas, la tierna indolencia de su vida anterior las atormentan, como si quisieran atenuar el suplicio de la espera. Por eso, a veces hacen ver que olvidan que todavía están enclaustradas aquí por muchos años. Unas se arrepienten, otras no, y después quedan las que, con el tiempo, evolucionarán.

Pero lo que sé es que ninguna de nosotras tendrá fuerzas para dormirse. Incluso yo lo he intentado y a pesar de toda la voluntad del mundo soy incapaz.

El silencio es nuestra terapia. Es el que nos enseña a mirar el pasado, a afrontar nuestros actos, a combatir nuestros errores. Es el que nos hace reflexionar y nos empuja a cuestionarnos; también el que nos guía, calma nuestra angustia o la hace resurgir, nos hace salir de la incertidumbre o nos sumerge en la locura. Es el que amansa lo que somos, asesina el peso de las horas y lucha contra esa parte de nosotras mismas que quisiéramos olvidar.

Hasta que los pasos de las guardianas vuelven a chirriar en el pasillo, de buena

mañana, anunciándonos el inicio un nuevo día, pero que, en definitiva, sigue siendo idéntico a los otros.

Así son nuestras noches, aquí, tras los barrotes de nuestra prisión.

Olvidar

Lo había olvidado todo. La alegría, el impudor, la indolencia, los olores, los silencios y los vértigos, las imágenes, los colores y los ruidos, sus caras, el timbre de sus voces, su ausencia y sus sonrisas, las risas y las lágrimas, las dichas y las impertinencias, los desdenes y la necesidad de amor, el gusto de mis primeros años de vida.

Pero en el fondo de esta celda invadida por la sombra, en el frío de la soledad, el pasado sale a menudo a la superficie. Largo, doloroso, se confiesa. Quizás para afrontar el vacío del momento presente. Hoy, tras estas paredes, algunas imágenes estallan a trozos en mi memoria, como fotos mal hechas en que los movimientos aparecen difuminados.

La verdad es que no había olvidado nada, pero hasta hoy no me había dignado recordar de nuevo algo.

Mi vida podría haber sido completamente normal. Si lo hubiera decidido de otra forma, habría podido ser como cualquiera de vosotros. Pero, quizás en lo fundamental, no fue del todo culpa mía: en un momento dado, alguien pudo más que yo y ya no supe ser dueña de mis actos. Quizás. No lo sé.

A primera vista, mi existencia parecía llana e insignificante. Moraba en el mismísimo centro de un mundo que no me veía y que yo no comprendía. Vivía porque me lo habían impuesto, porque era así y no de otra forma, tenía que contentarme con existir, con estar ahí, sin rechistar. Después de todo, no era más que una niña como cualquier otra, vivía sin cuestionarme nada lo más mínimo, cogía lo que se me daba y no pedía nada. Y sin embargo, lo que me sucedió era ineluctable. Ya se sabe: la gente más loca es la que, a primera vista, tiene un aspecto completamente normal, La obsesión es maligna: sobre esas caras anónimas cuya vida a priori no conoce la menor preocupación, es justamente donde golpea primero. Era mi destino. Hoy ya nada me une a la niña despreocupada y llena de entusiasmo que yo era. Ahora se enfrentan dentro de mí dos identidades que ya no reconozco.

Un día, alguien me preguntó si me arrepentía. No respondí. Tuve quizás vergüenza, no de lo que hice, sino de lo que podía experimentar. Tendría que haberme sentido inhumana. Lo era, indiscutiblemente, pero menos por haber cometido un crimen que por no arrepentirme de mi acto.

Me llamo Charlène Boher y tengo diecinueve años. Pronto hará dos años que me pudro aquí, esperando que un día idéntico a otro pase y se termine. Recién salida de la infancia, cometí lo irreparable. La noche del 7 al 8 de septiembre de hace dos años, maté. Lo confieso. Además, se lo expliqué todo a la policía. Era joven, y algunos añadirán «carente de conocimiento y de madurez para una adolescente de dieciséis años». Sin embargo, no actué de manera irreflexiva. Sabía de manera pertinente lo que hacía, había previsto cada detalle, todas las consecuencias de mi acto. Por más

que la gente de mi entorno me desprecie y me lance miradas de odio, no me arrepiento de nada, lo oís, de ninguno de los acontecimientos que destruyeron mi vida. Hundirse en la locura no es una fatalidad, quizás es también una elección.

Pero, de cualquier manera, opté probablemente por no tener que mirar los errores del pasado. Huí por cobardía, por rechazo a responder a los por qué y a los cómo de mi vida y por odio contra mí misma. Tenía miedo. Temía el dolor, el de la evidencia primero, me aterrorizaba la verdad tanto como los remordimientos, los momentos críticos, los nudos que nos oprimen en lo más profundo de la garganta, los exámenes de conciencia, la rebelión. Tenía miedo, simplemente, de haberme vuelto ciega y de tener que abrir los ojos de golpe. En pocas palabras, de arrepentirme.

De modo que he decidido escribir.

Transcribir en el papel mi vida, mi pasado casi banal, privado de interés. Mi historia empieza en la inocencia más falaz. Y si hoy me obligo a ordenar cada uno de estos recuerdos es porque me doy cuenta, con una cierta distancia, de que eran los signos previos a una obsesión que se volvió incurable. Y es la tentativa a la que me arriesgo hoy: hablar.

Hablar por pudor, por violencia, por rabia, también por dolor. Se escribe como se mata: sube desde el vientre y después de golpe brota, aquí, en la garganta. Como un grito de desesperación.

La primera sensación que recuerdo es el olor de una blusa. Seguramente de seda, o en todo caso de un tejido muy vaporoso, que caía sobre el relieve curvo de un pecho generoso. El perfume era el de una mujer. Una fragancia de flores, quizás de magnolia, y sensual, marcada por un aroma de especias. Y la mezcla recordaba a veces al olor de esos polvos que las señoras se ponen en la cara...

Y el efluvio llegaba de un cuello con un collar de perlas que mis dedos no podían parar de tocar. Aquel cuello estaba sutilmente arrugado; era el de una mujer que hablaba, fuerte y con la piel húmeda. Me adormecía en sus brazos satinados oliendo las auras de aquel perfume-mamá.

Mil recuerdos galopan por mi mente.

Percibo el verano. Vuelvo a ver las locas carreras en la hierba fresca y húmeda, mis pequeñas piernas de cuatro años brincando tan deprisa como podían en un vasto jardín. Recuerdo el perfume del heno y los estornudos por su polvillo, la caricia rugosa de los árboles, las marcas sobre su corteza. El tierno contacto de la mezcla del cieno y el barro, frío pero agradable, del agua cuando iba a atravesar el pequeño riachuelo que estaba delante de la casa de los abuelos, con los pantalones doblados hasta las rodillas llenas de rasguños. El gusto almibarado de la primera fruta, deshaciéndose en nuestra lengua y chorreando entre nuestros dedos pegajosos de azúcar, cuando íbamos a manganarlos en las lindes de una vieja huerta. El verano sabe a tierra marrón, a hierba húmeda, a arena y a sal ardientes.

Lejos del verano estaba París. Un piso bajo los tejados, de techos muy altos y puertas gigantescas. Los pasillos, que conducían a unas habitaciones inmensas donde reinaba una calma sutil, se entremezclaban de manera indefinida. Todo era blanco, el embaldosado, las paredes, el espacio.

Recuerdo los silencios, aquellas largas soledades a mi alrededor, diferentes según la hora del día o de la noche, en aquel mundo demasiado vasto para un niño: primero había el de la mañana, los primeros ruidos de los coches en el bulevar, el cansancio, la penumbra difusa cuando todavía no habíamos abierto los postigos, el tictac del péndulo en la cocina, el arrugamiento de las páginas del periódico de mi padre, aquel vértigo extraño que habitaba en mí, como un miedo, cuando tenía que irse y me quedaba sola con la nodriza. Después había el de la tarde, el guirigay lejano y ensordecedor de las calles de la ciudad, a esas horas en que el piso está completamente vacío. Y finalmente el silencio de la noche, cuando, sola en mi habitación, era la última en dormirme y me parecía oír el murmullo de la noche muy cerca de mí.

Podía pasar horas encerrada en mi habitación, mirando cómo el sol jugaba con la sombra tras las cortinas. Me gustaba el vacío que se imponía alrededor del dormitorio, sintiéndome yo en el centro de todo. Aquel recogimiento, aquella plenitud que buscaba, me hacía feliz y me atormentaba a la vez. Necesitaba aquel aislamiento.

Algunas percepciones confusas del piso me vienen una y otra vez a la mente. Mis lágrimas de niña, su gusto a sal cuando se deslizaban por mis mejillas e iban a morir en mis labios. La voz de papá en la penumbra de mi habitación cuando me repetía cada noche el mismo cuento para que me durmiera, el que, de tanto escuchar, conocía palabra por palabra, el contacto de su barba incipiente sobre mi frente cuando me daba las buenas noches y yo hacía ver que estaba adormecida. Las batallas de almohadas con mi hermano, las tonterías inconfesables, los brincos sobre la cama, los cientos de peleas que acababan siempre en carcajadas.

Así pues, ¿cómo debía de ser cuando era niña?

Mi madre decía de mí que estaba atormentada. Una cría turbulenta, desvergonzada, no sujeta a «las normas». Quizás. Mi madre hablaba mucho. A menudo para decir que no estaba contenta.

Me acuerdo de una niña difícil, llena de ímpetu y de pasión. Un carácter algo intrépido y salvaje que ponía a mis padres en situaciones embarazosas que a veces no podían controlar. Allí donde metía las narices se acordaban de la pequeña peste de temperamento imposible que había gritado en un lugar público, tirado del pelo a otro niño o respondido de manera impertinente a una persona mayor. En el fondo, amaba la vida. La devoraba febrilmente. Y para mi madre esto era difícil de soportar.

A aquellos momentos de cólera y de arrebato les sucedía una necesidad de soledad, horas pasadas con calma mirando la vida ante mí. Tenía cantidad de amor para dar y tomar. Pero estaba muy sola.

No comprendía el mundo. Se me presentaba como una extraña dimensión; yo no existía, me parecía que todo lo que podía ver y tocar, oír y sentir, no tenía consistencia. Vivía en un universo de silencio y preguntas, de abstracción, de juegos y gritos, de risas y lágrimas, de destellos de alegrías y luces, pero no controlaba nada.

Cada infancia tiene sus perfumes, sus trastornos, sus dolores. Recuerdo la mía como si fuera un miedo.

Mis primeros años de existencia estuvieron acunados por la presencia de un personaje imaginario que aparecía cada noche en el mismo sueño. Una mujer frágil se deslizaba por la habitación, envuelta en un ambiente anaranjado. Su silueta era minúscula y delicada, su pelo corto y llevaba una ropa luminosa. Detrás de ella, alejadas, pululaban personas sin cara ni voz. Al cabo de un tiempo, ya no quise que viniera. Le repetía que se fuera pero se empeñaba en quedarse hasta que me durmiera. Me parece que el miedo surgió a partir del momento en que ella decidió abandonarme.

Soñaba que el suelo se hundía bajo cada uno de mis pasos y que al final ya no podía caminar más porque la multitud a mi alrededor se resistía a avanzar. La gente se me acercaba y, cuando se disponía a hablarme, sus labios no podían evitar un babeo desmesurado, mientras se ahogaban una a una en la espuma de su boca las palabras que intentaba pronunciar. No entendía nada.

Más tarde sentí miedos todavía más aterradores. Tuve el del monstruo escondido en la sombra de mi habitación; cuando ya era de noche, acurrucada entre las sábanas, con la mirada dirigida hacia la penumbra por miedo a que me sorprendiera, era mi deber murmurarle palabras implorantes para calmar su ira cada vez que aparecía. Finalmente sobrevino el miedo a aquella mujer de blanco que nacía en el gran espejo justo cuando la luz se apagaba; temía ver surgir en plena noche su cara macilenta e inexpresiva, por eso le daba la vuelta cada tarde, y así hasta los quince años.

Ignoro si habría sido una persona diferente en caso de haber vivido en otro contexto familiar. A buen seguro mis padres me han querido. Demasiado quizás. Y de una manera menos afectiva que material. Ya no lo sé, lo he olvidado. Años más tarde me pregunto todavía por qué se han consagrado mal que bien a darle un sentido al vacío de mi vida. Yo no les pedí nada. Hubiera preferido que me detestaran, lo que probablemente hubiera merecido: de esta forma, quizás el desmoronamiento hubiera sido menos doloroso, tanto para ellos como para mí.

Mi madre era una mujer muy realista, que tenía los pies en el suelo y quería que todo fuera perfecto. Yo la veía como un bloque de hielo. Claro que, a los cinco años, no se ve muy bien el mundo que nos rodea. Algunos mimos y un juguete de vez en cuando bastan para hacernos felices. Pero más tarde llegaron necesidades mucho más profundas a las que mi madre no supo responder. La amé, pero seguramente no como hubiera debido. Cuando crecí me volví invisible para ella. El día de mi condena se desplomó en la sala de audiencia, y antes de que la hicieran salir para ofrecerle una aspirina, gritó que *era a ella a quien yo había matado*. Creo que es la última vez que

la vi. Había olvidado el olor de su perfume desde hacía ya mucho tiempo.

Eran las ausencias de mi padre lo que me frustraba. Su trabajo, su pasión, sus *obligaciones*, como él decía. Todo lo que ha provocado que ahora sólo tenga de él recuerdos furtivos, imágenes lejanas, el padre ausente, el padre que olvida, el padre que *tiene otras prioridades*. Sin embargo, no recuerdo haber sufrido por su escasa presencia. Quizás me resbalaba, después de todo. El hábito. Todo lo que podría decir de él, la única imagen que me viene a la mente, es aquella puerta de caoba que no acababa nunca, la de su despacho, la de su exilio, aquella entrada prohibida que siempre me ha separado de él. Ahora papá es el único, junto con mi hermano, que todavía viene a verme de vez en cuando a la cárcel; veo su cara abotargada por la vejez a través del cristal de la sala de visitas, y cada vez tengo la impresión de que nosotros, él y yo, nos acercamos más el uno al otro.

Más tarde llegó el colegio. Debía de tener cinco o seis años. Vuelvo a ver pasillos de paredes azules adornadas con dibujos poco agraciados hechos por manos infantiles, ventanas grandes que dan a un patio, de donde salen gritos, risas y voces de niños que percibo desde los silenciosos corredores azules.

Guardo un recuerdo excepcional pero, a pesar de todo, amargo. Era una buena alumna, aunque a menudo agitada, impetuosa y a veces descarada; en resumen, la cría detestada por las maestras, condenada a permanecer separada de las otras, en el fondo de la clase.

Sin embargo, un día, una niña que parecía un caramelo azul vino a iluminar mi vida. Se llamaba Vanessa. Una niña un poco regordeta —yo era delgaducha— con el pelo muy largo, siempre muy bien trenzado, y una cara de muñeca salpicada de pecas inocentes y alegrada por unos ojos inmensos de color miosota —desaliñada, de aspecto despreocupado y con la crin áspera, yo parecía un niño.

Creo que es la primera imagen intacta que me queda de mi pasado. En los lavabos mixtos, todos decorados con baldosas y mosaico azul, de la escuela Jóvenes Sonrisas, donde me cruzo por primera vez con su inmensa mirada. Su sonrisa me fascinó enseguida. Una especie de flechazo. No supe nunca realmente lo que empujó al caramelo azul a hacerse amiga del pequeño monstruo, pero a partir de aquel día, ya no nos separamos. Y aquellos pocos años que pasamos juntas nos unieron hasta tal punto que nos fue imposible después concebir nuestras vidas la una sin la otra.

La llamaba cada sábado por la mañana a las siete, cosa que le hacía rabiar. Marcaba su número con el corazón palpitante y la mano temblorosa, y surgía el sonido de su fina voz. Hablábamos de nuestros sueños, de nuestras vidas imaginarias, nos cantábamos canciones infantiles, reíamos, nada hubiera podido hacernos callar: había siempre algo para compartir, algo para contarnos, y cuando ya no teníamos nada que decirnos, nos lo inventábamos. Poco importaba, porque nos entendíamos. Me invitaba a su casa. Recuerdo su cuarto, empapelado del mismo color que sus ojos;

vuelvo a ver la luz tamizada de la habitación, la pequeña ventana que daba a la calle, la cama cubierta con un edredón color vincapervinca, el armario al fondo, los dibujos infantiles colgados en las paredes y los juguetes amontonados en desorden. Éste era nuestro universo.

Era extraordinario descubrir la vida a través de sus ojos. Mis sueños eran sus sueños. A veces, bastaba con una palabra, con una mirada, otras, con sólo un silencio, para que nos comprendiéramos. Nada, ni las reprimendas de los adultos, ni nuestras diferencias, ni nuestros cinco años, hubiera podido romper algo en nuestra amistad. Lo que nos imaginábamos, nuestras ideas, nuestros juegos, nuestros mundos eran los mismos. Vivíamos en un mismo planeta, remoto, extraño, lejos de los demás, pero lo que contaba es que ya no estábamos solas.

Vanessa fue mi mejor amiga durante casi seis años. Era mi seguridad, mi bien, mi luz. Me protegía. Iluminó mi infancia. Recuerdo su presencia tranquilizadora, las horas pasadas junto a ella, las aventuras, los chistes, los susurros en la penumbra de la tarde. Incluso su perfume, que ni tan siquiera hoy sabría realmente cómo definir, pero que, cada vez que me viene a la mente, nombro simplemente «el perfume azul», a causa de sus ojos grandes y enigmáticos. Vanessa era un perfume azul. Vanessa era una flor azul. Vanessa era un ángel azul.

Todo esto no tiene realmente mucha relación con el relato que va a proseguir. Excepto, quizás, por el hecho de haber deseado siempre encontrar de nuevo el gusto de aquella amistad y por empeñarme durante mucho tiempo en recobrar la de otra persona. Si evoco la presencia de Vanessa, es porque durante mi infancia ella fue algo más que una parte de mi vida. Y quizás sea la única persona que, desde entonces, ha permanecido siempre cerca de mí. Hoy ignoro lo que ha sido de ella, pero siempre está ahí. Es algo que no nos dijimos nunca realmente, porque a los cinco años apenas se encuentran las palabras, pero que entre nosotras era una promesa secreta e indecible. Un día, durante el juicio, al volverme hacia los bancos del público, me pareció cruzarme con sus inmensos ojos de ópalo, que, casi quince años después, me miraban fijamente como antaño.

Esta parte de mi vida, posterior a la de los primeros años, permanece todavía inconsistente, casi inmaterial. Vivía una infancia extraña. De aquel mundo de locos, yo sólo percibía mi único universo.

Fue quizás aquella necesidad de aislamiento, aquella incompreensión ajena, lo que me empujó, por primera vez, a escribir. Un buen día, tendría unos ocho años, le pedí a mi madre que me comprara una libreta pequeña. Y con una escritura tosca e insegura, me divertía llenando páginas. Inventar y después hacer nacer historias en el papel, crear personajes y darles vida, concretar para siempre los más mínimos sueños, sólo era para mí un juego como cualquier otro. Me gustaba mucho jugar con los protagonistas de mis relatos, darles una cara y una identidad —princesas con el corazón roto, caballeros valientes y enamorados, brujas maléficas con designios crueles—, vivía, existía con ellos, por su presencia casi palpable que, en el espacio de

un sueño, me hacía olvidar mi soledad.

La niña que fui asedia mi memoria. La escritura, más que un placer, más que una necesidad, es, todavía hoy, mi verdad, mi única defensa contra la evidencia de la realidad.

Aquella infancia está aquí, anclada en lo más profundo de las paredes de esta celda. Pero a veces, a lo lejos, reaparecen, violentas, furtivas, molestas, las imágenes indeseables.

Una escena vuelve a mi mente. El piso grande, una tarde, durante el invierno seguramente —fuera ya es de noche—. Oigo gritos, golpes, lágrimas, movimientos agitados. En la penumbra, los brazos de mi hermano, Bastien, me protegen pero tiemblan tanto como yo.

Debía de tener unos siete años cuando surgieron en nuestras vidas los primeros conflictos entre mis padres y la destrucción progresiva de nuestra familia. Empezaron las noches de insomnio, escondida en la penumbra de mi habitación, con lágrimas en los ojos, oyéndolos chillar, gritos que ensordecían. Repentinamente, un recuerdo volvió a mi mente: la imagen de mamá, echada en el sofá, conteniendo el llanto, y la de mi padre, sentado en su despacho, impasible y silencioso después de la tormenta.

Nunca supe realmente lo que sucedía. No querían decirme nada, era muy niña para comprender los problemas de los mayores. Más tarde, mencionar aquel incidente se volvió tabú en mi familia. Un día, sin realmente darme cuenta de la gravedad de la situación, le pregunté a mi madre si estaba realmente enamorada de aquel señor con el que mi padre se enfadaba siempre. Hubo un largo silencio y después respondió con un movimiento de cabeza afirmativo, mirándome fija y desconsoladamente. Durante un momento la detesté desde lo más profundo de mi corazón de niña.

Después, ya no sé. Hubo una especie de fluctuación en nuestra vida familiar. Un momento de transición a partir del cual ya no existió nada entre nosotros. Mis padres, por respeto a sus principios, no concibieron nunca la idea del divorcio. Durante años vivimos como si los cuatro hubiéramos sido extraños los unos para los otros, y sobre todo yo. Los miraba, admiraba el cuadro de familia: mi madre que se volvía loca, mi hermano siempre silencioso y la eterna ausencia de mi padre. Alejada de sus vidas, de sus problemas, yo no me encontraba en ningún lugar. Mi vida estaba retirada de aquel dolor. Sólo tenía que abrir los ojos para constatar la terrible desidia que reinaba a mi alrededor. Y así es cómo en pocos años mi familia se destruyó, lentamente, en el más cruel de los silencios.

Y después empecé a crecer.

Ante mis padres, hacía ver que rechazaba mi entrada en la adolescencia. Me enfurruñaba cuando mi madre hablaba de comprarme un sujetador o cuando intentaba explicarme cómo sería la llegada de mi primera regla. Así, durante años, rechacé el afecto que me ciaban, en particular el de mi madre —y creo que fue más o menos en el período de las discusiones—. Me convertí en un auténtico bloque de hielo. No soportaba que me tocaran, ni tampoco que me rozaran o me miraran. Ya no

necesitaba amor. Hacerme mayor me producía casi náuseas.

La verdad es que todo aquello me fascinaba. Soñaba con poseer, para mí sola, la materialidad de un cuerpo transformado. Sentía muchos celos de las primeras formas de Vanessa. Cuando ya se adivinaba en ella el nacimiento de una primera silueta de mujer, mi cuerpo todavía se empeñaba en quedarse como el de una niña. Cada día, delante del gran espejo del aseo, escrutaba uno a uno el más mínimo rincón de mi carne, al acecho de algún signo susceptible de anunciar mi entrada en la pubertad, pues estaba profundamente convencida de que ya no lo era desde hacía mucho tiempo. Pero no. Mi vientre seguía inflado como el de una niña y mi pecho permanecía desesperadamente plano.

Me sentía ahogada. Oprimida por aquel cuerpo, por mis padres, por la mirada de los otros, hubiera podido escupir al mundo entero.

Incomprendida, poco amada, gritaba interiormente. Por rebeldía, un buen día decidí acabar con la escritura. En el espacio de una hora, ninguno de mis cuadernos, de mis anotaciones ni de mis historias, subsistió al desastre de mi venganza. Estaba muy resentida con mis padres, convencida de que sólo me amaban por lo que escribía —a menudo, mi madre, incluso sin haberme leído, exponía con orgullo mis escritos a sus amigas, pretendiendo así tener una pequeña niña prodigio—. Con aquella actitud, les demostré con desprecio que era quizás algo más que una niña precoz destinada a ser escritora. En el fondo, imploraba que me consideraran solamente su hija, y todo podía limitarse a eso.

Así que mis padres se preocuparon. Un buen día, me encontré ante el gabinete macabro de un psicólogo. Veo de nuevo la habitación a oscuras, sola delante de aquel hombre inaccesible que me observaba desde arriba y a quien yo, a mi vez, desafiaba con la mirada. Durante el transcurso de dos o tres sesiones, me hizo algunas preguntas estúpidas a las que respondí fríamente; en resumidas cuentas, concluyó que sólo sufría una crisis pasajera y que no había razón para preocuparse. Si hubiera sabido lo que me esperaba en menos de diez años, no habría sido seguramente tan reconfortante.

Al irse Vanessa de mi vida, sufrí el golpe más terrible que jamás me hayan podido infligir. Pero su partida, cuando teníamos las dos apenas once años, supuso, sin embargo, un castigo bien merecido después de años haciendo sufrir a los demás y pensando sólo en mí.

Recuerdo el día en que nos dijimos adiós por última vez. Fue un mes de agosto, el sol nos quemaba. El balanceo al viento de su pelo castaño, muy largo y espeso, la obligaba a apartar sin parar los mechones de sus ojos. Su mirada infinitamente azul no me había parecido nunca tan amplia, impresión debida quizás a las lágrimas que cegaban sus ojos límpidos. No soportaba ver llorar a Vanessa. Era como si me hubieran clavado un cuchillo en pleno pecho. Su silueta permanecía inmóvil en la

claridad rojiza del crepúsculo. En la mano tenía un colgante en forma de bailarina azul que le había regalado por su último cumpleaños. La víspera, por primera vez, mezclamos nuestra sangre y nos prometimos ser siempre amigas, pasara lo que pasara.

La abracé lo más fuerte posible. Me sumergí por completo en su perfume azul, y lloré como nunca. Las lágrimas infantiles son siempre las mismas; hasta entonces, las mías habían sido solamente lágrimas de capricho. Aquel día lloré porque sabía que una vez separadas, seríamos las dos incapaces de mantener nuestras promesas.

Nos quedamos abrazadas durante un buen rato, hasta que se separó de mí. A través de sus lágrimas, me sonrió.

Y después se dio la vuelta, subió al coche y éste arrancó antes de desaparecer completamente tras la polvareda. Lloré, lloré durante semanas, lágrimas de sabor amargo, que me quemaban la garganta. De modo que tuve que rendirme a la evidencia. Estaba sola. Y vivir aquella nueva situación me pareció infinitamente duro y penoso.

Su partida marcó de manera absoluta el final de la infancia. Tenía once años. Y decidí que, por primera vez en la vida, tenía que avanzar sin mirar atrás, crecer y desarrollarme hasta la perfección. Ya estaba bien de caprichos y chiquilladas arrogantes. Al curso siguiente, iba a empezar sexto^[1] en el prestigioso colegio Chopin. Mis padres no escatimaron los gastos, pero eso era justo lo que quería: llegar a ser la mejor, en todos los sentidos. Y veía los estudios como la única posibilidad para olvidar el final de la amistad que había acunado mi vida de niña.

El 6 de septiembre de aquel año, atravieso el gran pórtico que se abre al patio del centro. Miro al frente jurándome llegar a ser la mejor, a cualquier precio.

Asfixiar

Veo de nuevo, con una nitidez perfecta, aquella mañana de septiembre. El perfume mojado del otoño, el cielo incoloro, la humedad del aire, el gris de las calles, el ruido de los bulevares, la tierna laxitud de la mañana.

El edificio, frío, amenazador, sórdido, se elevaba a medida que me iba acercando.

A esta imagen insípida, la del día de mi entrada en el colegio, se unen en mi mente instintivamente los fragmentos de una adolescencia odiada. Guardo todavía el gusto amargo de aquellos años difíciles, de una juventud penosa, de la soledad, de la espera, del tiempo que se inmovilizaba.

Desde mi escaso metro cincuenta, tan pequeña, tan frágil, con la cartera aplastándome la espalda, levanté la mirada hacia las paredes descoloridas del edificio, terriblemente sola y aterrorizada con la idea de afrontar mi nueva etapa sin Vanessa.

A partir de aquella mañana de otoño, cada día de mi vida se volvió más insignificante, más helado, más cruel.

Estaba sola. Entré, dudosa, en el gran patio que ya rebosaba de cientos de caras desconocidas. Me sentía completamente desorientada, minúscula entre la muchedumbre compacta y aterradora que formaban los alumnos a mi alrededor. Localicé mi clase. Todavía la recuerdo: la de 6.º B. Un grupo de unos veinte alumnos estaba de pie delante de una de las entradas, esperando a un profesor. Sin ni tan siquiera mirarlos, me puse por ahí antes de seguirlos hasta el interior del edificio.

Aquel primer día de clase fue uno de los más execrables. Nada más llegar, nos dijeron que habíamos sido escogidos tras una dura selección, que formábamos parte de la elite y que era incuestionable que no fuéramos a ser los mejores. Y a través de aquellas palabras, creí entender: «¡Camina o revienta, pequeña!».

Así que se fueron sucediendo las semanas, los meses de encarnizamiento, de combate contra el cansancio y el desánimo. Claro está, nuestra clase era una de las mejores del Chopin. Pero nuestros ritmos de vida eran imposibles para niños de apenas doce años. Teníamos que resistir de la mañana a la noche, bajo un peso aplastante, como bestias salvajes. Todo aquello me agotaba. Debía superarme a mí misma. Mis notas se mantenían brillantemente alrededor de una media de notable, pero temía a cada momento una explosión o una afrenta con un profesor, una caída hacia la frontera del «no es suficiente».

Volvía del colegio en un estado lamentable. El invierno de aquel año se me hizo eterno, incluso en primavera incluso al llegar el verano. Unas imágenes difusas desfilan por mi cabeza. Tengo doce años. Atravieso, con la mirada baja una gran avenida salpicada de hojas muertas: es la calle Chopin. Tengo frío. Un peso invisible me destroza los hombros.

No tenía muchos amigos. Los pocos alumnos que me habían aceptado en su pandilla

pertenecían, en general, al grupo dominante de la clase. Los encontraba estúpidos, insignificantes. Nuestros temas de conversación no iban más allá de nuestra pequeña y bien ordenada vida de colegiales. Sólo interpretaba un papel. Y odiaba mi personaje. No entendía a los demás, todo lo que se proponían, todo lo que reivindicaban me producía horror y me irritaba. Nunca llegué realmente a integrarme en aquella clase —nada tiene de extraño— y acabé encontrándome completamente sola. Era, creo, lo que deseaba desde el principio.

Creía que sentía odio hacia el resto de los alumnos, ahora sé que sólo era indiferencia; el aburrimiento de las clases, la lentitud de los días, de las horas, me eran insoportables. Nada me hacía salir de aquella vida rutinaria, no podía más. Todo era sórdido. Tenía un nudo en el fondo de la garganta, que me contraía el pecho y aprisionaba la respiración. Aquel mal en el fondo de mi ser era un grito de impotencia que nunca pudo oírse.

Y en ese mismo momento, apareció la adolescencia, tardía, dolorosa.

Mes de marzo. Estamos en la clase de educación física, en la piscina del colegio. En los vestuarios, después de una hora agotadora, miro lo más discretamente posible los cuerpos desnudos de las otras chicas. Soy delgada y huesuda, terriblemente diferente a ellas. Mi cara es angulosa y oscura. No tengo mirada, ni sonrisa, ningún brillo, ninguna luz. Odio mi cuerpo impúber, anormal. Me siento sucia, inútil. Envidio sus caras luminosas, sus cabellos finos y resplandecientes, sus pieles que huelen a polvos para bebé. Se diría que en ellas, la gracia y la ligereza son innatas. No en mí. Contemplo sus siluetas voluptuosas y sueño con mutilar mi cuerpo. Miro mi reflejo en el gran espejo del vestíbulo de la piscina: veo una sombra poco agraciada. Algunas mechadas mojas caen alrededor de mi rostro en una caricia helada y unos granos ingratos me nacen en las mejillas. La piel amarillenta y el pelo graso me dan asco. Si pudiera, por lo mucho que me detesto, escupiría en ese reflejo antes de romper el espejo gritando. Tengo miedo. Sueño con otro yo, con crecer, con ser libre. Tengo casi trece años y todavía no tengo la regla. Si continúo así, nunca seré adulta. Y cuando lloro por la noche en la cama, oigo una especie de cantinela que me murmura: «Eres un monstruo, Charlène. Un monstruo. Mátate, más te vale».

Un día, lo intenté. Simulé una desaparición, sólo para ver la reacción de todos.

Es un lunes y subimos la escalera hasta el tercer piso. Esta escalera es tan estrecha que me siento abrumada, ahogada por la multitud de alumnos. Decidí que ya no podía más. De modo que resbalé, lentamente, paulatinamente, y me dejé caer. Tuve la impresión de desaparecer, atrapada bruscamente por la muchedumbre. Caí hacia atrás, rodando por los peldaños. Cerré los ojos y sentí el olor del suelo, y los pies aplastándose y pisándose el pelo. Cuando el descenso terminó, me quedé inmóvil, con lágrimas en los ojos, respirando el polvo del suelo y sintiéndome más sucia y ridícula que nunca. Una bedel vino a levantarme. Puse cara de encontrarme mal. Me cogió de la mano y me ayudó a caminar hasta la enfermería. Esperé a que mi madre viniera a buscarme para llevarme a casa. Después de lo cual me enclaustré en mi

habitación anhelando que alguien se acercara a compadecerse de mi suerte lamentable y me sacara para siempre jamás de aquella vida injusta.

Hacia mediados de año, mi impresión sobre el mundo empezó a cambiar. Buscaba el sosiego, la renovación. Sabía en el fondo que no estaba hecha para aquella vida, que yo también podía despertar a la Charlène alegre y abierta que dormitaba en mí. Así que, para hacer callar a la realidad, me puse a soñar. A menudo, por la noche, antes de dormirme, me inventaba historias inverosímiles, haciendo de mí una heroína fabulosa. Soñaba que existía, pero de otra forma. Sin cerrar los ojos, transportaba mi espíritu a un cuerpo perfecto, ligero, el de una mujer; caminaba con un paso tan seguro que hubiera podido hacer frente a un ejército entero. Así, aquella Charlène era tan deslumbrante que parecía casi altiva, despectiva. Me convertía, en el espacio de un minuto, en la que esperaba ser con fervor. Y desde ese momento sólo deseaba una cosa: crecer. Casi hasta el ensañamiento, aguardaba aquel momento en que por fin mi cuerpo surgiría y daría nacimiento a una chica más encantadora, más sutil, más amada. Nunca nada sería como antes. Y estaba segura de que al crecer, en lugar de tener en mí sólo odio, no tendría más que amor.

El curso de sexto terminó. Vi llegar el fin de aquel largo calvario con alivio.

El verano que siguió tenía el perfume del tomillo y la lavanda, la polvareda amarilla de los caminos trillados, el color de un cielo resplandeciente y viñedos que se perdían de vista. Mis padres habían alquilado un apartamento en la Provenza, en un pequeño pueblo aislado sobre los peñascos abruptos de las colinas del Ventoux. Olía a la languidez de las horas pasadas bajo el sol, a los aceites perfumados de las cremas bronceadoras y al cloro de la piscina. Creo que era feliz. Sentía que mi cuerpo se transformaba poco a poco, que se abría una flor en mí y maduraba. Aprendía a mirarme en un espejo, a sonreír, a vivir en mi interior.

Por la mañana, desayunábamos en la terraza del apartamento y escuchaba el silencio apacible, el rumor del mistral que se despertaba, las primeras cigarras que empezaban a canturrear. La vida era apasionante, activa, lejos de las murallas parisinas. Escribía de nuevo, canciones. Y tenía, por primera vez en la vida, un grupo de amigos, la mayoría de ellos mayores que yo. Pasábamos las veladas todos juntos sentados en círculo delante de la piscina desierta, tarareando viejos éxitos musicales al son de una guitarra. Y en aquel instante dejé de sentirme diferente de los demás. Ya no me contentaba con existir: vivía, tenía la felicidad entre las manos.

Una noche, cuando los primeros rayos de luna atravesaron mi ventana y segaron la penumbra de mi habitación, sentí un tierno y cálido dolor en mi interior. Durante toda la noche, el mareo persistió, y sentí cómo fluía en mi vientre con una violencia límpida. Tuve dolor hasta el alba, cuando el día vino a inmiscuirse, resplandeciendo en mi cara. Me levanté y descubrí una nube de sangre en las sábanas blancas. Y pensé que, con mi primera regla, una nueva vida empezaba para mí.

Cuando, quince días más tarde, en la madrugada de un bonito día de agosto, nos fuimos en coche del pueblo, dejando atrás una Provenza indómita, me sentí libre por primera vez. La compresión de la asfixia desapareció de mi garganta. Había crecido. Mi cuerpo había decidido por fin germinar. Desde aquel momento ya sólo me quedaba esperar la mirada de los demás. Así pues, me juré a mí misma que, a partir del inicio de curso, sería amada.

En el mes de septiembre empecé quinto^[2]. Era un bonito otoño, pintoresco, rojizo, matizado. Me presenté delante de la verja del Chopin con la firme y secreta promesa de enterrar de una vez por todas la imagen que había dado de mí el curso anterior. Estaba decidida a evolucionar, a comportarme como una adolescente normal, a fundirme en la masa, a ignorar mi diferencia.

Era mi reto, mi honor, mi desquite contra el terrible año que acababa de soportar. Fuera cual fuera el precio, debía conseguirlo.

Me había hecho el vacío a mí misma. Tenía la determinación de barrer mi pasado, para ser por fin alguien. Se había terminado la Charlène invisible, por siempre jamás. Los demás acabarían mirándome con más envidia y admiración que a cualquier otra persona. Y ya adivinaba su extrañeza ante mi próxima aparición: «Parece mentira lo que ha cambiado...».

Había esperado aquel inicio de curso como si fuera la bendición de la libertad, ese momento tan deseado. La víspera de aquel día tan decisivo, había anticipado el detalle más irrisorio, mi manera de hablar, utilizando un vocabulario mucho más directo, hasta incluso mi nueva manera de caminar, segura, con la cabeza bien alta, dispuesta a afrontar el mundo. No, no era una débil, a partir de ahora formaría parte de los suyos. Los demás tendrían celos extremos de mi manera de ser, del más mínimo gesto y de la más mínima palabra. Me imaginaba entrando bajo sus miradas estupefactas el primer día de curso, haciendo ver que no oía sus cuchicheos. Había programado cada acontecimiento de aquella vida completamente nueva de donde se alejarían para siempre el dolor del pasado y el peso de mi reputación.

Y la mañana tan esperada llegó.

Me acerqué al grupo de alumnos de mi clase que aguardaban a las puertas del colegio. Caminaba despacio, con un paso sutil pero audaz. Intenté sentirme segura de mí misma. Cada paso que daba hacia ellos resonaba en mi pecho al mismo ritmo que los latidos de mi corazón. Cuanto más me acercaba, más me convencía de tener una confianza absoluta en mí. Me paré justo delante del círculo que formaban y solté un «¡Buenos días!» bien alto.

Nadie notó realmente que estaba allí. Así que los miré de arriba abajo, pasando revista a su piel bronceada y a su nueva ropa que les sentaba tan bien. Apenas reconocía a algunas de mis compañeras, porque habían crecido y se habían desarrollado mucho. Se habían convertido en adolescentes en el espacio de un

verano. Si alguien hubiera sabido cómo las odié en aquel preciso instante..., y me sentí avergonzada por parecer tan penosa al lado de aquellos cuerpos de chicas perfectas.

Me callé. Para consolarme, me dije que después de todo lo que nos había separado durante el curso de sexto, era normal que no prestaran atención a mi llegada. Y que acabarían dándose cuenta de cuán *diferente* me había vuelto yo también.

En aquel momento me fijé en que había alguien nuevo en medio del grupo de alumnos. Una chica estaba allí, en el corazón de todo el bullicio. Todo el mundo escuchaba cómo hablaba; lo hacía con tanta seguridad y entusiasmo que bebían cada una de sus palabras sin perderse ni una. Me acerqué todavía un poco más para ver mejor qué aspecto tenía. Su cara no era muy bonita: unos rasgos angulosos, una nariz aquilina y una piel demasiado blanca daban forma al relieve de una cara más bien poco agraciada bajo un cabello de color pimentón que caía desgredado; si se la miraba bien, no se le podía envidiar nada. Pero aquella chica tenía un encanto increíble. Quizás su poderosa mirada le daba una especie de misterio. O bien era su voz, límpida, clara, precisa, el tipo de timbre que se puede escuchar durante horas sin cansarse nunca. La chica sonreía. Hablaba de un viaje a los Estados Unidos, de una infancia en San Francisco, a decir verdad, ya no lo sé. Todos se habían vuelto hacia ella, cautivados por su discurso. No me lo podía creer. En un minuto, la desconocida había conseguido hipnotizar a toda la clase. La odié.

Después me enteré de que se llamaba Sarah. Parece ser que había pasado su infancia en California antes de volver a París, su ciudad natal.

Desde el primer día presentí que aquella chica excepcional reduciría a la nada todas mis ambiciones. Y tenía razón. Pero en aquel momento no podía saber que ella ocasionaría muchas más cosas.

Ya estaba hecho. Sarah acababa de entrar en mi vida. Y ni tan siquiera hoy sé muy bien si realmente ha salido de ella.

No cumplí mis promesas. No tuve tiempo. Sarah llegó y lo arrasó todo a su paso: mis sueños, mis aspiraciones, todo lo que me había jurado realizar. Dondequiera que ella fuese, acaparaba la máxima atención. Todo parecía pertenecerle. Hacía lo que quería. Yo la observaba sin decir nada. Me convertí en mi propia sombra. Una barrera me separaba de los demás. Y habría preferido que me escupieran a la cara antes de que me dejaran en aquel abandono. Ya que, peor que el desprecio es la indiferencia. La sensación de ya no existir más.

Me daban asco. Incluida Sarah. Por verlos a todos reunidos a su alrededor, por hablar de ella como si la veneraran, por casi mendigar un gramo de su atención, en pocas palabras, por actuar como máquinas dirigidas por ella. Su ingenuidad me daba pánico y despreciaba la manera en que Sarah jugaba con su magnetismo. «Sin vuestras miradas, ella no es nada. Lo que ocurre es que no os enteráis. Sois demasiado tontos», pensaba.

Poco a poco me abandoné. Ya no me preocupé de mis resultados escolares, que caían en picado. La vida misma se me escapaba de las manos.

Mis padres empezaron a hacerse preguntas. Alternaba crisis de bulimia con crisis de anorexia. Solía meterme los dos dedos en la garganta para provocarme el vómito hasta echar sangre, esperando que todo mi cuerpo se fuera con la comida, en el torbellino del agua de la cisterna. Mi vida sólo era desatino. Ya no había salida. Vivía únicamente porque era necesario.

Pensaba en la muerte. La idea de un cuerpo etéreo, desprovisto de respiración y movimiento, me fascinaba. No entendía lo que aquello significaba. No tenía miedo. Solía mirarme las muñecas, marcadas por el amasijo sinuoso de las venas, atraída por la tentación extrema de cortar la continuidad de aquellos ligamentos. Pues la muerte era quizás el desenlace más fácil, pero también el más cobarde, para no tener que afrontar la vida, su indiferencia, su peso, su angustia. La sórdida impresión de haber fracasado habitaba en mí. ¿Para qué seguir viviendo si sólo es para existir?

Sólo me frenaba el dolor de mis padres. Gracias a minúsculas chispas de esperanza, solía a veces recobrar el sentido común y repetirme con empeño que una contrariedad tan anodina, y probablemente provisional, no merecía que cediera al abatimiento.

Y después, un día, finalmente, reventé.

Recuerdo que en el mes de noviembre, nuestro profesor de gimnasia nos hacía correr, a primera hora de la mañana, en un frío intenso. Teníamos que resistir durante kilómetros, a lo largo del Sena y a través de las calles de la ciudad, helándonos por ir en chándal, con los pies entumecidos y las mejillas abofeteadas por un viento glacial. Iba siempre la última. El asma me impedía respirar. Sentí cómo mi aliento se bloqueaba en la garganta, y cómo salía escasamente, en forma de ligeras volutas de humo blanquecinas y efímeras. Me asfixiaba, con los pulmones comprimidos en cada inspiración. Sentía cómo mi cuerpo se debilitaba y cómo mis piernas se doblaban poco a poco, hasta dejar de sentir del todo mi propia piel. Vivía aquellas sesiones de resistencia como una tortura atroz; mi gran miedo era acabar desplomándome, agotada por el esfuerzo de la carrera y ahogada por la falta de aire. Corría, apretando muy fuerte en la mano el inhalador de Ventolín^[3], a fin de asegurarme de que estaba ahí para darme de nuevo aliento y salvarme de aquella opresión.

Aquella mañana hacía un frío duro. El Sena estaba recubierto de una capa espesa y compacta, como si, bajo la acción del frío, el agua inmóvil se evaporara. Miraba el cielo transparente, enrojeciendo en la línea del horizonte, y los árboles desnudos bordeando las aceras, mientras corría escuchando los primeros ruidos de las calles, e inhalando los perfumes de humo y asfalto procedentes del bulevar.

Bordeamos el río, y mientras avanzaba sentía cómo los músculos se contraían hasta no poder reaccionar más; los latidos de mi corazón disminuían, a la vez que se bloqueaba el poco oxígeno retenido por las válvulas comprimidas de los pulmones. Oía cómo un silbido incesante se escapaba de mi boca. Privada de aire, imaginaba

cómo el cerebro sufría al más mínimo paso, cómo el vientre se retorció y cómo mi cuerpo entero desaparecía. Los órganos me sangraban. Cuanto más sentía el roce contra mi cadera del inhalador de Ventolín que llevaba en el bolsillo, más me repetía a mí misma una especie de cantinela: «No necesitas el Ventolín, no necesitas respirar. Acaba con todo, Charlène, no tengas miedo; sólo tienes que dejar que tus piernas corran».

Olvidé el Ventolín. Cada paso que esbozaba me acercaba al fin y resonaba en mí, siguiendo el mismo golpeteo debilitado de mi ritmo cardiaco. Cada inspiración me quemaba la garganta hasta alcanzar la caja torácica en un dolor violento. Continué corriendo, avanzando, todo recto. Escuchaba cómo el bum-bum de mi corazón se repetía irregularmente en mi interior, pero con una detonación tan neta, que tenía la impresión de oír cómo se reventaba dentro de mi cráneo. No cedí. Quería tocar con el dedo la imperceptible sensación de verse morir.

«—El Ventolín, Charlène, el Ventolín. Está ahí, en tu bolsillo. Lo queremos —le gritaban mis pulmones a mi cerebro.

—No —les decía—. Podéis resistir todavía un poco más. Ya casi hemos llegado. Una vez allí, ya no necesitaréis más aire, os lo prometo».

Y después, todo se volvió blanco. Sentí cómo el gusto de la sangre subía por mi pecho y me acariciaba la boca, y en la lengua su beso húmedo y cruel. Supe que lo había logrado, que a partir de aquel momento ya no podía dar marcha atrás. Con un placer inmenso, grité victoria. El cielo ante mí se volvió tan luminoso que tuve que cerrar los ojos, pero incluso así, el resplandor blanquecino cada vez más intenso continuó cegándome. Ahora tan sólo tenía que dejarme llevar; despacio, suavemente, en silencio. Unas voces lejanas se pusieron a gritar: «¿Charlène?! ¿Qué pasa? Ya no respira. ¡Cuidado, se va a caer!». Y después, todo enmudeció.

Únicamente un largo murmullo se agitaba todavía en mi oreja, incluso en el silencio. *¡Respira, Charlène! ¡Respira!*

Y me caí. En un movimiento muy lento, noté cómo mi cuerpo se hundía en una ola sin límites, intensa, profunda, y una sensación de placer y de ocaso me invadió por completo. Dejé que el dolor tomara el poder. Sentí cómo el soplo de la muerte luchaba contra el soplo de la vida para después ganar cada parte de mi ser. Veía aquella muerte, vivía en mí. Mi último pensamiento fue que yo había ganado.

Cuando abrí los ojos, con los párpados pesados, la lengua pastosa y una máscara de oxígeno dentro de mi boca, a pesar de la sensación de ligereza que habitaba dentro de mí, enseguida comprendí que había fracasado. Una vez más había perdido la partida, mi cuerpo no estaba muerto; era cobarde. Y la idea de afrontar la vida una segunda vez llenaba todo mi ser de un profundo hastío.

Mi madre lloraba. Me sujetaba la mano fría e inerte con la suya, tan cálida y tan viva. Mi padre permanecía impasible, de pie delante de la cama. Tenía los ojos enrojecidos y un aspecto agotado, y sus rasgos estaban profundamente marcados por ojeras sinuosas. Enseguida noté que en el fondo de la habitación, sentado en un sillón

de cuero negro, estaba mi hermano, con la cabeza entre las manos y los dedos entre las desgredadas mechas negras de su pelo. En silencio, nos pusimos a llorar.

Se quedaron conmigo todo el día, y los que siguieron. Mi mano y la de mi madre permanecían unidas durante horas, y cuando se separaban, al despedirnos, sentía que tenía un poco más de energía. Esperaba la llegada de la noche para llorar. Lloraba porque iba a vivir de nuevo y eso me producía una sensación de vértigo. Pero me había concienciado de que, a pesar de todo, amaba a mi familia y, sobre todo, de que había estado a punto de cometer lo irreparable. Pasaba los días a su lado, sintiendo cómo la muerte me abandonaba poco a poco y cómo la vida volvía a despuntar. La garganta me quemaba, pero aquella quemadura ya no era la de la asfixia: era simplemente la del gusto de las lágrimas.

Me pasaba los días observando el color blanco de mi habitación. Era un blanco perfecto, neto, límpido, sedante, vital. Volví a respirar y de pronto me fijé en el increíble placer de sentir cómo el aire entraba en mí y me inundaba los pulmones antes de invadirme completamente. El color blanco y el oxígeno me llenaban el cuerpo de una sensación pura de ligereza, de infinito, de bienestar. Tenía la continua impresión de planear, de volar por encima de mí misma. No pensaba en el mañana.

Un día, alguien apareció en el resquicio de la puerta. En la luz resplandeciente del mediodía, creí ver un ángel antes de que la silueta se separara de la sombra y se acercara a mí. Reconocí a Sarah.

Se acercó a mí y puso en la cabecera de la cama un ramo magnífico mientras me explicaba que era de parte de toda la clase y de los profesores. Después se sentó a mi lado. Habló durante un buen rato y la escuché con gran atención. Su voz era clara y segura. Y parecía como si todas y cada una de sus reconfortantes palabras me volvieran un poco más dócil. Por un instante me sentí por fin comprendida, protegida.

Posó su mirada de ámbar en la mía, que pareció atravesarse por una luz extraña y penetrante. Me dijo: «Me intrigas desde que llegué al Chopin, por quedarte siempre sola, por ser silenciosa, cerrada. Sé muy bien que eres desgraciada, Charlène, salta a la vista. No tienes a nadie. Y también sé que si estás aquí, en el hospital, no es por casualidad. No fue tan sólo un accidente, ¿no? Sabías muy bien que no estabas obligada a seguir corriendo si te venía un ataque de asma, que en caso de fuerza mayor podías pararte y retomar aliento. Sólo que tú no lo hiciste, continuaste, porque sabías muy bien cómo podía acabar todo esto. Lo sé todo. Comprendo».

Me quedé silenciosa, desconcertada, desarmada. Había sabido leer en el fondo de mi alma, mucho más allá que los demás. Me trastornó. Tuve que bajar la vista para no tener que afrontar en la suya la cruel verdad.

Puso sus manos sobre las mías y se quedó un instante sin decir nada mientras yo intentaba contener las lágrimas. Después volvió a decir: «Te has salvado, has tenido suerte. Y que sepas que puedes contar conmigo a partir de ahora. Quisiera ayudarte. Quisiera que aceptaras ser amiga mía».

A través de aquellas palabras, me pareció oír: «Nunca más estarás sola,

Charlène».

Respirar

Excepto Sarah, nadie a mi alrededor sospechó nada. Nadie, ni tan siquiera mis padres, notó que no se trataba de un accidente, sino, realmente, de una necesidad de conocer la muerte, de un deseo de asfixia, en pocas palabras, de una tentativa de suicidio.

Cuando las puertas correderas del servicio de urgencias se abrieron al mundo, algo me invadió en lo más profundo de mi ser: la necesidad de descubrir la vida de nuevo, de renacer, de *respirar*. Estaba dispuesta a existir en serio. Vivir. Y además, ahora, tenía a Sarah. Y su presencia, como una nueva fuerza, me recordaba que ya no estaba sola para afrontar el mundo.

Desde mi entrada en el recinto del colegio, sentí que era el blanco de todas las miradas, de las sonrisas compasivas y de las palabras reconfortantes. En el espacio de aquellos cuatro días pasados entre las paredes del hospital, había nacido otra Charlène. La felicidad existía, en definitiva. Estaba ahí, conmigo, al lado de Sarah. Sólo había necesitado la muerte como salvaguardia. Ahora, no era nada más que un seguro eventual en caso de problemas, como una única salida de socorro, casi tranquilizadora.

Sarah se convirtió en mi garantía, mi refugio, mi luz. La sabía cerca de mí y no ignoraba que, si un día todo volviera a ir mal, ella sabría venir a socorrerme. Por la simple y llana razón de que me había hecho una promesa: la de ser amiga mía.

Apenas unos días habían sido suficientes para hacer de ella mi dosis cotidiana de felicidad y mi victoria contra la vida. Me levantaba cada mañana con la impaciencia de encontrarla delante de la verja del Chopin y temblaba cuando por fin la veía llegar, antes de lanzarme felizmente en sus brazos. Embriagada por un sentimiento de alegría desenfrenada, ya nada me importaba, mientras ella estuviera allí, presente, bienhechora, para acallar los antiguos miedos que a veces resurgían.

Uno de los primeros días de vacaciones de febrero, me invitó a su casa. Mi madre me dejó al pie de un edificio del distrito 12.º. Sarah vivía allí, en un pequeño piso desordenado; el espacio y la luz que inundaban la sala principal daban al lugar una claridad excepcional. Un gran ventanal se abría sobre la ciudad; las ramas desnudas de los enormes árboles rozaban el balcón, y los rayos de sol acariciaban los últimos restos de nieve. Vuelvo a ver las paredes tan blancas como las del hospital, la antigua cocina decorada con madera lustrosa y tela de algodón encarnada, el comedor, muy vacío, con tan sólo un sofá y una televisión puesta en el suelo, los pequeños muebles polvorientos de inspiración china delante del ventanal, el cuarto de baño con baldosas azul noche, la colección de frascos de perfume de miniatura y los productos de maquillaje esparcidos por los bordes del lavabo de porcelana. Un cargante efluvio de incienso pesaba en plena sala hasta llegar a marear si se respiraba durante demasiado tiempo.

En el piso de Sarah había una atmósfera extraña. Todo estaba en silencio en aquella sala impregnada de luz y de vacío; las horas pasaban pero el tiempo, allí, ya

no existía. Aquella sensación de tranquilidad, aquel vértigo impalpable, me invadían cada vez que ponía los pies en aquel lugar, en lo sucesivo inolvidable.

Pasamos la tarde juntas y no recuerdo haberme reído tanto en toda mi vida. Fuimos al parque situado a pocos pasos de su casa; el cielo era azul y casi no hacía frío. Se echó sobre la hierba y me acerqué a ella. El sol nos quemaba los párpados aunque era el final del invierno. Me sentía bien. Respirábamos a pleno pulmón. Notaba cómo se mezclaban el olor a tierra y a rocío bajo las temblorosas aletas de mi nariz. Reíamos hasta perder la respiración. Oigo de nuevo el sonido de su voz y vuelvo a ver su cara ahogada en su cabellera enmarañada y su mirada perdiéndose en el sol. No sé si reía hasta llorar o bien si lloraba a causa de la felicidad que me inundaba. Aquello no me había sucedido desde la infancia. Quizás era incluso la primera vez.

Por la noche nos echamos en el colchón que le hacía las veces de cama. Los postigos de la ventana de su habitación estriaban la sombra formando finas rayas de luz gris. Reinaba a nuestro alrededor un silencio extraño; percibíamos el ruido de fuera, el de los últimos coches que circulaban por el bulevar. La noche invadía el mundo. Todo parecía infinitamente apacible. Nuestros murmullos se perdían en aquella calma inmensa e impenetrable. Sentía que el cansancio me podía: nuestras voces se iban apagando poco a poco en el tiempo. Habíamos hablado largo y tendido, sobre todo ella. Escuchaba cómo su voz, cada vez menos audible, atravesaba la indecible quietud de las horas. De manera que en el espacio de una noche me pareció conocer a Sarah como si hubiera pasado mi vida junto a ella.

La mañana llegó. Abrí los ojos: todavía dormía, casi pegada a mí. Tenía su largo cabello cerca de mi cara y su olor me invadía. Se despertó una hora más tarde que yo: había pasado todo aquel tiempo mirando cómo dormía. Desayunamos durante cerca de dos horas, hablando de todo y de nada, riendo hasta ahogarnos con nuestro pan con mantequilla y miel.

Y mi padre vino a buscarme al final de la mañana. Estábamos todavía en pijama. Me preparé rápidamente y les dije adiós a Sarah y a su madre. Las dos me aseguraron que podía volver cuando lo deseara, que su puerta estaría siempre abierta para mí. Abracé a Sarah, que aún llevaba el olor de la mañana, un perfume de sábanas limpias, de tierno sudor y de café azucarado. Así que dejé el pequeño piso, todavía impregnado de luz y de mil percepciones indescriptibles. Ignoraba por aquel entonces que éstas me perseguirían años más tarde.

Sarah vivía sola con su madre, Martine, y a veces con sus «padrastrós», en aquel piso olvidado de cuatro habitaciones del distrito 12.º, desde que volvieron de los Estados Unidos. El padre de Sarah estaba ausente desde hacía años y ésta no hablaba nunca de él. Uno o dos años después de su nacimiento, sus padres se divorciaron, y ella estuvo inmersa en un ambiente de juicios, abogados y conflictos abominables entre su padre y su madre. Parece que ésta había intentado suicidarse en numerosas ocasiones después de sus dos divorcios, y había confiado su hija a sus padres antes de

irla a buscar para huir con ella a California. Era una mujer torturada. A veces volvía tarde a casa, a altas horas, mientras que Sarah y yo esperábamos su llegada, inmersas en la penumbra de su habitación; entonces oíamos el chirrido de la puerta y el estrépito de sus risotadas en la noche silenciosa; sus pasos resonaban hasta que llegaba a su habitación y las risas contenidas continuaban hasta el alba. Cuando nos despertábamos por la mañana, salía de la habitación, con la cara extenuada, seguida de un hombre diferente casi cada vez. Al principio me chocaba. Sarah decía que no era importante, que le daba igual.

Desde el punto de vista material, Sarah no tenía gran cosa. Yo era una pequeño burguesa, ella pertenecía a la clase media. Esto no impedía que la envidiara perdidamente. En el aspecto afectivo, Sarah estaba podridamente mimada. Sus abuelos la adoraban más que a nada en el mundo, y los amigos de su madre la trataban como a su propia hija, sin hablar de sus compañeros de clase o de los chicos. En cuanto a Martine, exigía que la relación madre-hija se pareciera más a la de amistad. Así, durante muchos años, no pude evitar ver a la madre de Sarah como a mi más peligrosa rival.

La vida de Sarah y la mía estaban separadas por todo. Incluidas las costumbres de nuestras familias respectivas. Su vida cotidiana era un auténtico caos, mientras que mis padres me habían educado siempre para que la mía estuviera organizada al minuto. Jamás he conocido a nadie tan desordenado como Sarah. Martine y ella tenían una máxima que ignoré hasta aquel momento: vivir sin comerse el coco. Podían despertarse perfectamente al mediodía, decidir comer en plena tarde, y después pasar la velada en casa de un amigo antes de volver a casa en el transcurso de la noche para ir al trabajo unas horas más tarde. Sarah me arrastraba a menudo hacia aquel ritmo de vida infernal y trepidante, cosa que mi madre no podía soportar. Pero a mí me daba igual. Mis padres no me impondrían nunca más una existencia tan apagada y chapada a la antigua como la suya.

Pronto, de manera regular, casi cada semana, el coche de mi padre me dejaba delante de la casa de Sarah. Su madre me adoraba, y yo me dejaba adoptar. El pequeño piso silencioso acababa siendo mi casa. Pero, a decir verdad, nos quedábamos allí muy raramente. Lo que sucedía más a menudo era que iba con Sarah a veladas llenas de humo, fiestas o cenas organizadas por amigos de su madre. A la mía no le gustaba todo aquello, pero Sarah se reía de ella en sus narices. Y yo también.

Sarah me enseñaba a vivir. Por un inmenso grito de liberación, hizo que saliera de mi garganta el nudo que desde hacía demasiado tiempo no me dejaba respirar.

Poco a poco aprendí a conocerla. Sin embargo, Sarah actuaba siempre de una manera que impedía que se descubriera alguna vez su auténtica personalidad. Ella era simplemente diferente. Olvidando a veces que ya teníamos trece años, se volvía indolente, casi cría; y después todo lo contrario: cambiaba completamente, se volvía adulta y empezaba a argumentar con una madurez singular. Me hablaba durante horas

de sus ambiciones, de sus sueños, de sus males. Unas veces me hacía morir de risa con una de sus locuras de cría, y otras nos volvía a sumir en la seriedad, cuando se confiaba a mí y yo hubiera dado la vida por encontrar las palabras adecuadas y calmar sus penas.

Así pues, ¿cómo hablar de ella? ¿Cómo describirla con exactitud si no se parecía a nadie más y cambió mi vida?

Algunos recuerdos vuelven a mi mente. La veo de nuevo de pie, delante del espejo de su habitación, medio desnuda, dándome la espalda. Tiene unas piernas interminables, un cuerpo de chico, austero y musculoso, y una carita de pícara; a pesar de todo, su pelo suelto y su busto descubierto hasta los hombros traicionan una femineidad de un encanto arrollador. La contemplo, embelesada por su físico; ella se observa atentamente de arriba abajo en el espejo grande, poniendo mala cara, silenciosa y casi severa. Allí está, quejándose de sus caderas, que considera demasiado rectas, o de sus senos, según ella, no lo bastante grandes. Detrás de ella, sentada en el sofá-cama, intento animarla repitiéndole que lo tiene todo para gustar y que no tiene motivos para acomplejarse. Hace ver que no me oye, se vuelve hacia mí bruscamente y me cubre de besos riendo.

Me fascinaba. Su descaro, su locura, su candor, me intrigaban. A pesar de todo, nunca nadie la comprendió mejor que yo; la conocía de memoria, preveía cada una de sus reacciones, anticipaba sus estados de ánimo a menudo cambiantes. Y sin embargo, admitía con espanto que por más que me esforzara en intentar captar aquel carácter contradictorio y único, nunca podría estar a la altura de lo que ella esperaba de mí.

Sin saberlo, Sarah me estaba dando una identidad. Desde que estaba a su lado, me parecía que por fin me miraban, que incluso me amaban quizás, y era un sentimiento nuevo, emocionante, casi vertiginoso.

Tenía la impresión de volver a vivir porque me hacía recobrar la confianza en mí misma. Decía de mí que yo era «una chica genial, la amiga que había buscado siempre» y que me subestimaba demasiado. Lo hubiera dado todo por creerla. Me apodaba *Charlie* mientras reía como una niña. Y cada una de sus palabras me aportaba más fuerza y satisfacción. Me afanaba en ser aquella Charlène. Por ella yo habría sido capaz de transformarme en cualquier persona.

Sarah me entendía mejor de lo que yo me había comprendido jamás. Ella buscaba más allá de las simples fronteras de mi existencia. Poco a poco, mi vida tomaba forma y yo me convertía en alguien. A menudo me daba miedo. Todo era demasiado brusco, demasiado nuevo, demasiado sublime para que me perteneciera realmente.

Una tarde de primavera, mientras nos íbamos, dejando atrás los pasillos del Chopin, le pregunté: «¿Por qué yo?». Por más que me empeñara en comprender, no podía concebir que una chica como Sarah pudiera apreciar a alguien como yo. Ella lo tenía todo, yo no era nada. Dondequiera que fuese, la gente sucumbía a su encanto. Así que, ¿por qué se preocupaba por mí?

Se paró y, clavando su mirada brumosa en la mía, declaró: «Pero si tú eres mi mejor amiga, *Charlie*».

Lo dijo con tanta franqueza y tranquilidad que la creí al momento. Y mi vida se arruinó completamente a partir de aquel instante.

Necesitaba su despreocupación. En cierto modo, Sarah era todavía una auténtica niña. Yo me había empeñado en vivir y pensar como una adulta precoz, y así hasta hoy. El resultado había sido lamentable. De modo que revivía con ella el júbilo de la infancia. Aquellos momentos insólitos pasados a su lado tenían un delicioso sabor a prohibido. Yo estaba hechizada. Nada hubiera podido librarme del poder benéfico que ella ejercía sobre mí.

Mis padres se hacían preguntas. Para mi madre, Sarah tenía sobre mí una mala influencia. Pero con ellos me sentía execrable. Un día, después de que me riñeran por mi actitud, grité: «¡De todas formas, la familia de Sarah es mi familia! ¡A partir de ahora, habéis dejado de existir para mí!».

Pasamos una parte de las vacaciones juntas. Fue un verano maravilloso, emocionante y soleado. Veía cómo se sucedían los días de mi vida bajo un cielo cada vez más azul. Juntas compartíamos un mundo sin límites, sin tabúes. Yo existía. La vida se me entregaba en un joyero precioso que nunca me había atrevido a abrir hasta entonces.

Cuando Sarah venía a mi casa, a veces nos íbamos a pasar algunos días con mi tío que vivía en el campo. Con los pantalones doblados hasta las pantorrillas, cruzábamos el pequeño riachuelo que se extendía a lo largo del jardín, riendo sin cesar. «¡Llévame auestas, *Charlie*, venga, llévame!»., exclamaba suplicante, sabiendo muy bien que no me iba a resistir. De modo que la cogía y oía cómo se reía cuando, al cabo de tres pasos, yo me hundía en el agua helada. Después nos quitábamos la ropa y nos tumbábamos sobre la hierba para tostarnos bajo un sol resplandeciente. Los transeúntes nos miraban, estupefactos. Sarah se cachondeaba, así que yo me reía con ella. Después volvíamos a casa y nos inventábamos mil excusas inverosímiles para explicar a mi tía por qué llevábamos los pantalones mojados y los zapatos sucios.

Todo esto era lo que Sarah quería, sus caprichos. Era feliz porque yo hacía lo que me pedía, hasta incluso ponerme en ridículo, aunque sólo la divirtiera a ella. A decir verdad, únicamente me sentía segura cuando la oía reír. Su hilaridad era para mí una victoria interior, pero sólo cuando era yo quien la provocaba. En cuanto otra persona se ocupaba de ello, me ponía terriblemente celosa.

Sarah me llevaba a veces a casa de sus abuelos, que vivían en un pequeño piso del distrito 12.º. Las habitaciones tenían perfume de antiguo. Entre aquellas paredes, no existían más que el silencio y el tiempo marcado por el movimiento incesante del viejo péndulo. A menudo, aquellos lugares me producían náuseas. La abuela de Sarah

era adorable. Su pecho fuerte y sus brazos corpulentos me recordaban a veces los primeros abrazos de mi madre. Cuando íbamos a merendar, un delicioso olor a bizcochos azucarados impregnaba la entrada. Recuerdo su aplanada caricia en mi lengua después de haberlos mojado en un chocolate caliente inolvidable. Al abuelo no podía soportarlo. Era un tipo enjuto, alto, repulsivo. Tenía una risa insoportable. En el transcurso de la cena, impasible, tragaba la sopa haciendo un ruido repugnante. Los abuelos de Sarah vivían retirados del mundo. No pedían nada, sólo querían la felicidad de su nieta. Para ellos, Sarah lo era todo. Para ella, sólo eran extraños que habían destruido la vida de su madre. A menudo me escandalizaba por la manera en que les hablaba. Sarah decía que los despreciaba, que todo era culpa suya, que nunca las habían querido, ni a ella ni a su madre. Si a veces los visitaba, era únicamente porque tenía una deuda con ellos.

Envidiaba cada faceta de la personalidad excepcional de Sarah. Pero no le tenía celos: la admiraba. Porque me daba seguridad, porque me hacía amar la vida, porque decía que me adoraba, poco a poco empecé a sentir una necesidad incesante que no hizo más que acentuarse en el transcurso de los años: la de tenerla ahí, cerca de mí, para probarme que ocupaba un lugar en su vida. Me era imposible imaginar que yo pudiera dejar de ser su mejor amiga. Hubiera podido morir para que me dijera de nuevo una y otra vez que lo era, y para siempre.

En el mes de agosto nos fuimos de vacaciones, cada una por su lado: ella a la Vandea con su madre y sus abuelos, y yo a la Provenza con mi familia. Le escribía casi todos los días, sentada en la terraza del apartamento. Le explicaba cómo pasaba los días delante del límpido azul de la piscina, bronceándome bajo un sol ardiente, las largas veladas, frescas y oscuras, mis paseos por los peñascos y los mercadillos del pueblo. Intentaba no olvidar ningún detalle, esperando encontrar a mi vuelta decenas de cartas procedentes de la Vandea.

La verdad es que me aburría. Cuando Sarah estaba ausente, tenía la impresión de no ser nada. Mis amigos del año anterior habían vuelto, pero decidí no frecuentarlos más. Esperaba el fin de aquellas vacaciones con afán. En algún lugar dentro de mí, una promesa secreta me recordaba que únicamente tenía que pertenecerle a ella.

El verano tocaba a su fin. Volví a casa nerviosa ante la idea de que me esperarían noticias de Sarah. Pero entre el correo amontonado desde hacía quince días, sólo había una modesta postal:

«Hola a todos desde la Vandea, donde estoy pasando una maravillosa estancia. Esperando volver a veros a la vuelta, muchos besos, Sarah y familia».

Nada más.

Releí la carta varias veces. Pero el mensaje seguía siendo el mismo, siempre tan frío e hiriente.

Desesperada, concluí lo que en el fondo siempre había sentido: que probablemente Sarah me había olvidado en el transcurso de aquel verano. Todo había sido demasiado bonito, demasiado frágil también, para durar. Seguramente, ella tenía

cosas mejores que hacer, que ser la amiga de una chica tan inútil como yo, austera y, de hecho, espantosamente banal. Empecé a comprender y a admitir que el fin de aquella bella amistad estaba cercano.

Jugar

No me atreví a llamarla para saber de ella. Coger el teléfono, marcar su número, afrontar el sonido de su voz, todos estos gestos me aterrorizaban. Temía su reacción. Conociéndola como la conocía, sabía en qué grado su autoridad y su réplica podían humillar a aquellos a los que reprochaba algo. Y en el fondo, sin haberlo reconocido hasta ahora, intuía que tarde o temprano me tocaría también a mí sentirme avasallada por su dominio. ¿Por qué? Todavía no sabía nada...

El primer día de colegio, por la mañana, me levanté con un gran dolor de vientre. Hubiera querido no tener que vivirlo. Cuando todos nos esperábamos delante de la verja del Chopin, Sarah se acercó con un porte majestuoso: era su presentación en sociedad. Se unió al grupo, con la mirada viva y maliciosa, y una sonrisa enigmática en los labios. Tenía un semblante peligroso. Me di cuenta de que estaba más alta y delgada que a final de curso. Ya no era una niña. Su cuerpo había madurado. Incluso sus rasgos parecían afinados. Se había pintado, ella que decía escasamente dos meses atrás que no lo podía soportar. Se echaba de un lado a otro el pelo teñido, haciendo alarde de indiferencia. Algo indefinible impregnaba en aquel momento su persona. Algo casi despreciable. Sí, era altiva. Por primera vez sentí una especie de temor al verla caminar hacia nosotros.

Apenas me miró. ¿O bien fui yo la que evitó su mirada?

Hizo como si tal cosa, como si nada pudiera afectarla. Se puso a hablar. Y, al igual que un año antes, cuando la vi por primera vez en la entrada del colegio, las miradas se volvieron hacia ella de manera casi instintiva. Habló del verano, de sus vacaciones a orillas del Atlántico donde había conocido a un chico maravilloso, aquel mes de agosto inolvidable, en el transcurso del cual había vivido tantas cosas. Ignoraba todo lo que explicaba. Ni se había dignado darme noticias suyas.

En clase, no pude impedir mirarla con insistencia. Mis ojos no se apartaron ni un segundo de aquel semblante impasible, casi demasiado duro; no me evitaba la mirada: ésta pasaba sin verme. Podía adivinar su pensamiento. Sabía lo que yo sentía, sabía que la miraba. Sarah lo calculaba todo.

A la salida, esperó a que fuera yo la que se dirigiera hacia ella.

Sin aparentarlo ni por un instante, Sarah saboreaba la victoria. Con cada palabra que se escapaba de mi boca, me sentía peor. Estaba ridícula, pero a partir de aquel momento dejó de hacerle reír.

Era yo la que hablaba, la que hacía preguntas. No encontraba muchos temas de conversación, me repetía; el terror me hacía farfullar. Ella se contentaba con responder, sin mirarme ni una sola vez, arrogante, en todo momento presuntuosa. No reconocía a la Sarah de antes. Sus palabras tranquilizadoras, sus miradas cautivadas por mí... Sentía con dolor la falta de lo que antaño certificaba mi existencia. Era como si nada de todo aquello hubiera existido alguna vez.

—Así que, ¿has pasado unas buenas vacaciones? Recibí tu postal; por cierto, me

gustó mucho, y a mis padres también. He oído decir que conociste a un chico, allí, en la Vandea. No lo escribiste en tu correo...

—¡Ah! Salimos juntos, eso es todo. No hay nada de excepcional en ello.

—Y tú, ¿recibiste mis cartas? Te escribí decenas de ellas desde la Provenza.

—Sí, recibí algunas. Todavía no las he abierto. Ahora no tengo mucho tiempo, compréndelo. Además, me tengo que ir, tengo una cita con una amiga, nos vamos a comer al centro.

Miré cómo se iba corriendo para reunirse con otra chica de la clase, una pija a quien no podía soportar el curso anterior. Las dos se reían muy alto. Sarah podía declararse vencedora de aquel juego sádico, cuyas reglas acababa de exponerme. Recibí su desdén y su provocación en plena cara, con más fuerza que si me hubiera abofeteado.

No podía explicarme su actitud, y, sin embargo, me parece que la intuí desde el principio. Sarah formaba parte de aquella clase de gente que, hagas lo que hagas, se quedan siempre en una posición de superioridad respecto a ti. Ya lo había constatado el año pasado. La diferencia es que, en aquella época, ella no se daba cuenta. Pero, al madurar así, en el espacio de un verano, Sarah se había dado cuenta de que estaba hecha para dominar. No había sitio para una chica de mi tipo, excepto el de la sumisión.

Hicimos como si nunca hubiéramos sido amigas. El juego duró hasta finales de otoño. Nos contentábamos con cruzarnos en la clase, como dos extrañas. Ya veríamos cuál de las dos era capaz de resistir más tiempo.

Pasaba los días sin hacer nada, en cualquier parte, con cualquiera, vagando por cafés llenos de humo que frecuentaban grupos de jóvenes sin interés. Me teñí el pelo de negro cuervo y sólo vestía de colores oscuros. No valía nada. Fumaba cigarrillo tras cigarrillo. Incluso rodeada de gente, estaba sola. Los demás ya no existían para mí si Sarah no estaba allí. Su ausencia acababa conmigo, me torturaba, me destruía.

Sí, sin Sarah yo no era nada.

La observaba en clase, en el patio del colegio, delante de la puerta de éste, en el comedor, con sus amigos, riendo, hablando, despreciando mi mirada. Todavía brillaba más. Yo ya no sabía lo que hacía. Inventaba cualquier excusa y embaucaba a mis padres para poder salir. Me dejaba arrastrar por unos maleantes que estaban colgados. Mis resultados escolares empezaron a bajar, pero pasaba. Ella lo tenía todo. La gloria, un noviete fantástico, amigos, muchos amigos, y unas notas excelentes. Los demás revoloteaban a su alrededor —y yo, a esos otros, hubiera querido matarlos de lo resentida que estaba con ellos por estar con Sarah, por poder tocarla, por fascinarla como yo había sido capaz en una ocasión—. Su vida era formidable, vivía en la luz. Yo era la adolescente sin rumbo, torturada, y me dejaba morir en la sombra.

En verdad, hubiera dado mi vida por tenerla sólo para mí, como antes. Su ausencia hacía de mi vida cotidiana un infierno. El nudo agarrotó de nuevo los músculos de mi garganta. Me decía a mí misma que quizás, si empezaba a destruirme

como el invierno pasado, Sarah vendría de nuevo a salvarme y nuestra amistad renacería como si nunca nos hubiéramos ignorado. Pues el recuerdo de aquellos días y noches pasados a su lado me atormentaba. El desafío que ella imponía me agotaba. Me levantaba cada mañana como si llevara encima de mí el peso del mundo, preguntándome de dónde sacaría las fuerzas para continuar. Ganar no era mi objetivo, simplemente tenía que resistir, dejar que viniera hacia mí, porque yo era incapaz de dar el primer paso. Sarah se convirtió en una auténtica obsesión. Se impuso en mi vida hasta absorber todos mis puntos de referencia, el pasado, todo mi honor, mi libertad. Lentamente, pudo más que yo, y todo lo que no fuera ella dejó de tener sentido.

Ya no podía hacer nada, ella continuaba ganando. Ya sin fuerza ni esperanza, decidí que tenía que desaparecer.

Un día me fugué. Evidentemente, había previsto volver a casa pronto, en cuanto me hubiera calmado y les hubiera dado un buen susto a mis padres. Era en torno al mes de octubre, hacía frío, lo recuerdo. Se había hecho de noche, caminaba a lo largo de la carretera, sola, hacia el horizonte, sin saber adónde iba. Acababa de discutir con mis padres, como nunca lo había hecho hasta aquel momento, después de que descubrieran en mi habitación unos paquetes de tabaco empezados y algo de costo. Había chillado, golpeando las paredes de mi habitación con todo lo que tenía a mano. Gritaba mi dolor, mi rebelión. Había soltado lo que tenía en el corazón, el pasado. Les reproché sus ausencias, su ceguera. Les confesé, sin poder realmente controlar las palabras, que el accidente del año anterior no fue tal accidente y que todo era por su culpa. Me miraron impasibles. No creyeron ni una sola palabra.

Hice la mochila bajo su mirada incrédula y esperé a que cerraran la puerta de la habitación para escaparme por la ventana. Tenía frío. Para calentarme, me fumé los últimos cigarrillos del paquete. Caminaba, sin llorar, tranquila pero temblorosa, siguiendo simplemente el horizonte. Veía las luces blancas y amarillas de los coches que pasaban y después desaparecían en la oscuridad. Seguía caminando. Sin miedo.

Un coche se paró en la calzada. Pensé que podría cogermé y llevarme a algún lugar, dondequiera que fuese. Sin reflexionar ni un segundo, dejé la mochila en el maletero, me subí, y cuando me puse el cinturón de seguridad y el coche arrancó, fue ya demasiado tarde para huir. Levanté la cabeza. Al volante estaba la madre de Sarah y, ésta, sentada detrás.

Lamentablemente, había perdido una vez más.

Entonces me puse a llorar.

No dije ni una palabra, ellas tampoco. Esperé. El pequeño Peugeot 106 negro aparcó delante de la puerta de mi casa. Mi madre esperaba en la entrada, cubierta con un chal, inmóvil. Me habían cogido con las manos en la masa. Caminé con la cabeza baja, sentía vergüenza. Me paré delante de ella. Sabía que no me abofetearía; mi

padre, al volver del trabajo, se ocuparía de ello. Mamá no dijo nada. Me quedé ante ella, incapaz de desafiar su mirada, que yo sabía clavada en mí. Sarah y su madre contemplaban la escena sin decir nada. Su silencio era lo peor de todo. De alguna manera, veía cómo Sarah se alegraba interiormente de la humillación que me infligía. «Ya está, hecho, ahora ya puedes considerarte victoriosa», pensé en aquel momento.

Sin pronunciar palabra, cuando comprendí que mi madre no diría nada porque estaba esperando a que yo diera el primer paso, me precipité a entrar en casa porque no podía soportar más el peso de aquel silencio. Subí corriendo a mi habitación, deseando poder encerrarme en ella, pero habían retirado la llave. Así que me limité a cerrar la puerta y me dejé caer sobre la cama. No lloré. Esperé a que fuera Sarah la que viniera primero. Aguardaba el momento en que su cara apareciera por la puerta. Temía mucho más aquel instante que los golpes de mi padre y los gritos de mi madre.

Oí que se acercaba, silenciosa. Sentí cómo se sentaba a mi lado, en la cama donde estaba echada con la cara ocultada por mis manos y los ojos cerrados. Durante varios minutos no dijimos nada. O más bien, ella no dijo nada. Sarah sabía que yo no hablaría, que no podía, que tenía que empezar ella. De pronto, su voz rompió el silencio.

Ya no recuerdo con exactitud lo que me dijo. Probablemente me dirigí reproches. Las lágrimas me ahogaban. Oía cómo repetía: «¡Y mírame cuando te hable!».

No comprendía que yo no podía. Era incapaz de afrontar su mirada, era demasiado cobarde para hacerlo. Sólo podía escucharla sin decir nada, paralizada por el miedo y la vergüenza: «¡Charlène, mira en lo que te has convertido! Te pasas los días frecuentando a cualquiera, deambulando con tarados, incluso llegas a drogarte... Pero ¿qué te pasa? Te gusta destruirte, ¿es eso? ¿Te gusta ver a los demás sufrir por tu culpa? No sé lo que está pasando, *Charlie*. Desde que empezamos el curso haces gilipolleces. E incluso antes. No te dignaste llamarme o saber de mí durante estas vacaciones y cuando empezamos el curso hiciste ver que no existía. Creía que valías más que todo eso. Me decepcionas. ¡Después de todo lo que he hecho por ti! ¿Quién fue a verte al hospital cuando intentaste suicidarte? ¿Quién estaba ahí para ayudarte a salir a flote? ¡Era yo, *tu mejor amiga*, y mira hasta dónde hemos llegado! Creía que habías comprendido. Pero me demuestras lo contrario. Huyes de mí desde principio de curso. Eres tú la que buscas problemas y soy yo la que va a tener que solucionártelos de nuevo. ¿Cómo debo reaccionar, Charlène, dime?».

Cada palabra que pronunciaba, cada entonación, cada vibración de su voz resonaban en mi pecho. Todo su ser me penetraba. Temblaba. La garganta se me contraía, me asfixiaba. Era el sabor del sufrimiento. Ya no era más digna de Sarah porque estaba resentida conmigo, porque me despreciaba, porque acababa de decepcionarla. Estaba perdida.

Hubiera querido explicarle, decirle cuán herida estaba, y que era también por su culpa, que ella me había abandonado despiadadamente, pero algo me bloqueaba. Las

palabras se quedaban interrumpidas en mi garganta obstruida, y esto me hacía daño. En aquel momento lo único que contaba eran los errores que había cometido. Le había hecho daño a todo el mundo. Expiaba. Me aborrecía. Lo peor era la vergüenza. La impotencia. Sarah no me dejaba elección, no podía defenderme ante su autoridad aplastante.

Después de todo, lo que ella decía sólo podía ser la verdad: yo no valía nada. Lo único para lo que tuve fuerzas fue para implorarle que me perdonara y decirle que deseaba que volviera a ser mi mejor amiga, como antes. Prometí, juré que no lo volvería a hacer nunca más. Hacía definitivamente borrón y cuenta nueva en mis errores, en mis malas compañías, en mis delirios de niña perdida. Le supliqué que me diera una última oportunidad. Hubiera incluso sacrificado mi vida para volver a tener su amistad. Para tener la sensación, una vez más, de que tenía derecho a ser *alguien*.

Y me dio una oportunidad: corría un tupido velo.

A partir de aquel momento, ella tenía mi vida entre las manos.

Después de todo aquello, ya nada volvió a ser igual.

Todo se me escapaba. La vida me resbalaba por entre los dedos cual arena. Caminaba sin rumbo, sin puntos de referencia, en el vacío: me dejaba simplemente guiar por una voz, una sola voz, la de Sarah. El miedo a perderla de nuevo, a no volver a ser digna de ella, me atenazaba hasta el punto de poder resignarme sólo a una cosa: pertenecerle. En cuerpo y alma, hacer de mi vida su única posesión.

Para que yo fuera lo que ella quería hacer de mí, Sarah había puesto en marcha un plan diabólico. Me ignoraba. Yo estaba obligada a sufrir sin cesar la ausencia de su mirada, de su sonrisa, de los cumplidos que antaño habían sabido tan bien darme confianza en mí misma. El trato era duro, pero, después de todo, no era más que el castigo merecido.

Y rechazarlo era impensable. ¿No tenía yo la suerte de ser considerada su mejor amiga? Por lo tanto, sólo me quedaba la opción de seguir siéndolo y, por consiguiente, de aceptarlo todo.

De nuestra amistad del año anterior ya no quedaba nada, ni momentos de felicidad fugaz, ni risas locas, ni juegos prohibidos. Sarah maduraba, y mucho más deprisa que yo, que sólo era una niña encarcelada en sus sueños y en su rebelión prohibida. Tenía la impresión de empezar a vivir, y ahí estaba Sarah, pidiéndome que me convirtiera en adulta. Desorientada, perdida, incapaz de ponerme a su nivel, me miraba y me encontraba lamentable en comparación con ella.

Evidentemente, sus nuevos amigos no me aceptaron nunca realmente en el grupo; de todas formas, Sarah procuraba que así fuera. La seguía por todas partes, pero todos mis esfuerzos eran vanos, ya que ella gozaba ignorándome. Vivía a cien por hora, se divertía con juegos de adultos, se exhibía en los brazos de chicos más mayores que ella, era la confidente de cualquiera. Yo no era lo bastante fuerte como para seguirla,

ni apenas para intentar alcanzarla. Atrapada en el pasado, soñaba con encontrarla de nuevo, incluso persuadiéndome de que nada había cambiado. De hecho era obstinada y estaba ciega.

Esperaba y esperaba como una idiota. Ella me aterrorizaba. La expresión de su cara se había vuelto despreciativa y orgullosa. Fumaba cigarrillos, yo la imitaba para parecer más adulta. Flirteaba con los chicos: yo hacía ver que estaba interesada en ellos, pero el hecho de verla en sus brazos me preocupaba más que mis propias conquistas. Vivía de prestado. Nada hubiera podido hacerme razonar.

La obsesión, cobraba vida a lo largo de los días. Un poco como una infección, un cáncer: no sabemos que está en nosotros hasta el momento en que empieza a hacernos daño. Y no obstante, a pesar de la ausencia de dolor, está ahí, arraigada en algún lugar.

Tenía aquella voz en el fondo de mi ser, acosadora, vociferante. Se interponía en todo momento, me recordaba la existencia de Sarah. En poco tiempo, dejé de ser capaz de escaparme de ella.

«—Mírala, Charlène. ¿Ves cómo te ignora? Lo hace con sutileza. Te convierte en invisible y a la vez te tortura, te engulle, te mata. Hace ver que no te ve, pero lo ha planificado y anticipado todo: sabe que la miras, es tan consciente de ello como tú. Esperará a que estéis a solas para darte esperanzas. Elegirá el momento en que estéis rodeadas para hacerte reproches. Pero, sobre todo, dite que sin los otros, ella no es nada. Que *sin ti*, ella no es nada.

—¿Qué dices? No espero nada de Sarah, es mi mejor amiga. No puedo reprocharle nada. Te equivocas, estoy segura de que me quiere.

—Te engañas. Además, sólo tienes que observarla para comprender su pequeño juego. Estoy segura de que te esconde muchas cosas. Tranquilízame. Dime la verdad. Síguela, espíala, no le quites los ojos de encima. No quiero que nada de lo que hace se te escape. Te lo ruego.

—¡Para, cállate! ¡Estás loca! ¡Cállate! ¡Déjame!».

Aquel verano, discutí con mis padres durante semanas para que aceptaran pasar las vacaciones en la Camarga. Una tarde, llamé por teléfono a Sarah, impaciente por anunciarle que podía unirse a nosotros. Sabía que la idea le gustaría. Recuerdo que un día, en la época olvidada de los inicios de nuestra amistad, cuando hablábamos en la sala de estar, sacó de un cajón de la cómoda una postal doblegada por el uso de los años. La fotografía representaba un simple y extenso paisaje de arrozales durante el crepúsculo. Me dijo que se la había enviado su madre cuando tenía cinco años y vivía en casa de sus abuelos. Era la primera vez que ésta le daba noticias suyas. Le decía que un día se la llevaría y Sarah soñaba con ello. Desde entonces, no se había separado nunca de la postal. Su madre no había cumplido sus promesas. Y yo lo hacía en su lugar. Le ofrecía a Sarah el sueño insatisfecho de su infancia.

La zona residencial estaba situada a algunos kilómetros de Arles, en el nacimiento de las primeras marismas camarguesas. Tenía varias hectáreas, era inmensa. Decenas de pequeños bungalos de paredes color pastel, cubiertos con tejas rojas, estaban alineados, muy juntos, rodeados de jardines cuidados. En el horizonte se distinguían los primeros arrozales abandonados de color verde intenso y homogéneo. Nos instalamos en una habitación minúscula y sofocante que tenía solamente una litera. Desde aquel dormitorio, Sarah y yo podíamos adivinar las largas extensiones de terreno acariciadas por el viento. A menudo, acostadas una al lado de otra en la cama alta de la litera, solíamos admirar por la pequeña ventana el crepúsculo ardiente que se extinguía sobre aquella línea informe y anublada.

El cielo camargués tiene un color único en el mundo. Es de un blanco tamizado, metálico, acidulado o bruñido a trozos, del color del acero. A veces se diría que tiene dos velos superpuestos, uno sobre otro, hasta el infinito, y, tras esa tupida tela a modo de mosquitera, se estanca un sol blanco o rojizo según las horas del día. A menudo veía cómo la mirada de Sarah se perdía en el cielo, cuyo color dorado era el mismo que el de sus ojos. En aquel momento parecía que se reflejaban su mirada y el cielo, como dos espejos, que encerraban ambos, en lo más profundo, el mismo silencio, el mismo vacío inalcanzable.

Iban pasando los días de un calor cada vez más sofocante. Los mosquitos nos atacaban sin descanso. El sol quemaba. Cada día era un agobio. Después cerraba la noche, tibia y densa, en una calma extraña. Desde nuestra terraza, oíamos que se apagaban los últimos cantos de los grillos y surgía luego el primer croar nocturno de las ranas, breve y sonoro. Los días pasaban, agotadores, pesados, largos.

Durante las horas en que, atrapadas por el calor, preferíamos quedarnos echadas en nuestras camas refrescándonos cerca del ventilador, Sarah hablaba. Con un tono firme y seguro evocaba sus penas, sus aspiraciones, el futuro que ya se había trazado. Y yo la escuchaba completamente absorta por sus propósitos. Su determinación me fascinaba. Hasta tal punto, que no sabía qué responderle. Me hubiera gustado no quedarme en silencio, me hubiera gustado que a su vez me escuchara, volver a entablar un diálogo. Pero me veía incapaz.

Le hablaba a veces de mí. Pero no tenía mucho que decir. Sarah ya lo conocía todo sobre mi vida, sobre mi familia a la que adoraba, sobre mis pocos «amigos» que eran evidentemente los suyos, sobre mis secretos, sobre mis escasos deseos. No hacía nada sin que ella estuviera informada previamente. Había renunciado desde hacía mucho tiempo a compartir con ella mis raras opiniones sobre la sociedad, porque temía que se enfadara conmigo y me reprochara esto o lo otro. Me sentía inútil, insignificante. Sarah había sabido darme una identidad dos años antes y en cambio me había privado de personalidad. Pero de esto no me pude dar realmente cuenta por aquel entonces. A veces, una única y terrible idea me recorría la mente, una idea que no podía admitir. Ella era mi amiga, pero yo no era la suya.

Enternece a mis padres y a mi hermano. Incluso mi madre empezó a adoptar a

Sarah, que había hecho tantas cosas por mí. Mi padre estaba hechizado con su madurez, cosa que todavía no había podido percibir en su propia hija. Bastien la encontraba deliciosa. Durante las comidas, juntos en la terraza a la sombra gigantesca de un parasol, su voz dominaba las conversaciones. Hablaba con la entonación y la soltura de una adulta. Cuando no estaba de acuerdo con mis padres sobre algún tema de política o moral, les hacía frente hasta que ellos cedían. Y cedían. Tenía una réplica increíble, probablemente demasiado precoz para una chica de catorce años. Mis padres absorbían sus palabras con asombro, con admiración después. Empezaron a adorarla, considerándola casi como de la familia. Y yo amaba a Sarah mucho más que a mí misma.

Por la noche hablábamos de nuevo. En fin, *ella* hablaba. Incluso se permitía criticar la manera en la cual mis padres me habían educado.

—¿Quieres que sea franca contigo, Charlène? No sabes aceptarte ni responsabilizarte de nada. Continuamente tienes necesidad de alguien a quien pegarte, de quien dependas psicológicamente. No estaré siempre ahí para tomar decisiones por ti, ¿sabes? Yo también tengo mi vida. ¡Despiértate un poco y decide de una vez por todas ser alguien de pleno derecho! ¡Ya estoy harta de tener que soportar a una chica sin personalidad!

—Tienes razón. Perdóname.

—Perdonarte, perdonarte... Sólo vales para eso. No tienes futuro. Te dejarás siempre pisar, mi pobre Charlène. Si no haces nada para madurar un poco, acabarás tu vida como una esclava, en manos del primer espabilado que capte cómo te dejas tratar. ¡Mira que llegas a ser idiota!

Probablemente no debería haberla escuchado, pero era demasiado duro contradecirla. Yo ya no sabía quién era. De modo que me dejé convencer de que mis padres no habían sido lo suficientemente estrictos conmigo y de que seguramente habría logrado tener un poco más de madurez si me hubieran educado de manera más severa. Sólo podía tener razón. Empecé a odiarlos por haberme hecho así sólo porque Sarah no estaba satisfecha con ello.

A pesar de mi miedo enfermizo a la equitación, la seguía a menudo hasta el centro ecuestre de la residencia. Nos inscribimos en dos ocasiones a los paseos organizados alrededor de las marismas.

Sarah se había hecho un amigo. Era uno de los monitores del centro ecuestre. Tenía diecinueve años y se llamaba Matthieu. Su padre era guarda y él trabajaba allí durante las vacaciones para pagarse los estudios. Montaba maravillosamente bien. Me parece verlos de nuevo, a los dos, delante de mí, a caballo, hablando uno al lado del otro. Matthieu era guapo. Yo miraba con discreción —para no despertar las sospechas de Sarah— su piel bronceada por el sol, la silueta de su cuerpo que se dibujaba a contraluz tras el crepúsculo y sus ojos de sal anublados por la luz, tenía hasta vergüenza de sentirme atraída por él. Hablaba cantando, como lo hace la gente de allí, cosa que Sarah adoraba. Por la noche nos llevaba a las dos a beber una copa

en el bar del club, antes de invitarnos a un baño de medianoche en la piscina. Oía la risa de Sarah cuando él le murmuraba cosas al oído. Lo sorprendía cuando su mirada se posaba en ella con deseo. En plena noche, cuando volvíamos las dos a casa bordeando el estanque, la escuchaba mientras me hablaba incansablemente de él. Intentaba decirle lo que quería oír: que entre ellos la cosa sólo podía ir bien. En realidad, sentía rabia cada vez que tenía que tolerar su felicidad.

Y Sarah me olvidó. Una vez más.

Por la noche se escapaba sola por la ventana de nuestra habitación, a fin de no alertar a mis padres, y únicamente volvía de madrugada. Esperaba que regresara y me dijera que todo había terminado entre los dos. Pero cada noche repetía la misma operación. Yo no me podía dormir antes de que llegara. Así que volvía a cerrar los ojos, fingiendo que me había quedado dormida sin haberla esperado, y escuchaba el roce de las sábanas cuando se escurría en la cama, y su respiración casi imperceptible en el silencio de la noche. En el fondo de mi alma, sin admitirlo, la odiaba.

Matthieu empezó a invitar a Sarah a salir sin mí. Además, ella me había hecho comprender claramente que ya no me necesitaban. Los dejé y me contentaba con mirarlos de lejos, llena de odio.

Estaba sola, pero Sarah se cachondeaba de esto. Yo también. Incluso había encontrado una ocupación muy divertida para colmar el vacío de mis días: la espiaba. La seguía de la mañana a la noche. Vivía con ella su más mínimo gesto sus palabras, todo lo que emprendía. Aparentemente, esto no la molestaba, sino todo lo contrario. Habíamos llegado a un acuerdo tácito: yo la dejaría tranquila con sus nuevos amigos y ella toleraría mi presencia.

Por la mañana, me despertaba y me iba de la habitación lo más discretamente posible para no turbarle el sueño. Me reunía con mis padres en la terraza y desayunábamos en un silencio de muerte. Temía el momento en que Sarah apareciera, con su sombra dibujándose tras la tela color pardo de la mosquitera. Entonces hacía su aparición, rozaba nuestras mejillas de besos furtivos y se sentaba, tan contenta como siempre. En cuanto mis padres se iban y nos quedábamos a solas, ella enmudecía de nuevo. Esperaba que le implorara que me explicara cosas. Hablaba muy escuetamente, como para suscitar mi frustración, y con desdén, de aquellas noches en que ella lo seguía hasta su habitación donde hacían el amor en la penumbra. Solía soñar que era ella. Pero este tipo de deseos me estaba prohibido, así que lo reprimía y me contentaba con mi papel de observadora.

Nuestro verano camargués se acababa. Nos fuimos del bungalow al alba; ayudé a mis padres a cargar el coche en el aparcamiento. De lejos, distinguí por un instante, en la luz naciente del día, sus siluetas entrelazadas. Se decían adiós. Sarah se acercó a nosotros lentamente. Entró en el coche sin decir ni una palabra. A lo largo del trayecto, no despegó los ojos del paisaje que iba pasando tras el cristal. Oía cómo

lloraba en silencio, y esto me destruía. No supe decirle nada para consolarla. Cada tentativa se topaba con un movimiento de hostilidad por su parte. Ella no me necesitaba.

Pero, extrañamente, me sentía feliz de que todo hubiera acabado. Porque a partir de aquel momento tenía a Sarah sólo para mí.

Someter

A principios de octubre, enterramos a mi abuelo. No era un otoño bonito. Recuerdo aquella mañana nublada y húmeda, y un nudo doloroso en el fondo de mi garganta que seguía sin dejarme respirar.

Me puse delante del ataúd abierto. Mi madre, con la cara descompuesta por un mar de lágrimas que derramaba desde hacía varios días, me cogía por el brazo, diciéndome que no mirara. Lo hice a pesar de todo. Me incliné y fijé la cara de la muerte en mis ojos, hasta sentir un mareo. Me retiré de lo fuerte y abyecta que era aquella impresión y fui a vomitar detrás de las paredes del tanatorio. No tuve fuerzas para llorar.

Mientras comíamos, los miré a todos, uno por uno, minuciosamente, como si descubriera por primera vez su terrible insignificancia. Me daban asco. Los compadecía por su estupidez, despreciaba su desidia y la inepticia que los encerraba en aquella vida irrisoria. Ahora, mi familia no era más que un sórdido clan de extraños.

Con todo, mis padres no habían cambiado. Y me daba cuenta, después de quince años de vida a su lado, de cuán ridículos podían ser. Habían envejecido terriblemente, los dos, mi madre lamentándose siempre, quejándose a cada momento con el único fin de poder llorar en el hombro de cualquiera; y mi padre, estoico y silencioso, torturado, gastado por años de trabajo encarnizado, que habían acabado destruyéndolo todo a su alrededor. Y mis abuelos paternos, esos viejos, permanecían enclaustrados en su pequeño mundo como para protegerse del más mínimo peligro exterior, viviendo únicamente a la espera morosa de su muerte y con la angustia de que les llegara la hora.

Todos tenían miedo. Esperaban. Su parcela de vida minúscula no traspasaba los límites de su pequeña seguridad, de su pequeño egoísmo. Lo ignoraban todo. Hablaban en voz alta, se imponía el que voceaba más en la mesa; pasaban el tiempo discutiendo las ideas de los demás, pero ni ellos mismos sabían lo que decían. ¿Quiénes eran? ¿Dónde estaba mi sitio? ¿Tenían por casualidad una vaga idea de lo que hay de irrisorio en la vida? ¿Podían entender el odio, el asco que me invadía, a mí, a mí a quien veían a penas, prisioneros como estaban de sí mismos?

En medio de la comida me fui. Al borde de la ventana de la galería acristalada había un cigarrillo a penas sin consumir. Lo robé discretamente y me eclipsé en el garaje. Me senté en el frío suelo de cemento, apoyada contra el coche. El olor a gasolina aumentaba mi malestar. Encendí el cigarrillo. El humo tenía un gusto demasiado acre, demasiado amargo, demasiado asfixiante. Escupí en el suelo y después apagué la colilla. Me quedé allí, sentada en la sombra de aquel lugar, con la mirada atravesada por una línea de luz evadida de la ventana. Cuando salí, me di cuenta de que, aparentemente, nadie había notado mi ausencia.

Ahora que había tomado conciencia de lo que me diferenciaba de aquella familia y de aquel mundo, sólo me quedaba un único pilar donde poder apoyarme, y ese pilar

era Sarah.

A partir de aquel momento decidí dárselo todo. Comprometerme todavía más en nuestra relación. La amaba mucho más que a mi propia familia, mucho más que a mi propia persona, mucho más que a la vida misma. No sé por qué todo aquello llegó tan lejos. No era un amor que sentara bien, al contrario. Amar demasiado, amar hasta el odio, es sacrificar el honor, alienar la propia libertad, es, forzosamente, hacerse daño. El amor que le daba a Sarah era una pasión perversa, dolorosa, encarnizada. La locura me corroía. Mi única razón para existir era ella, era Sarah.

Cada mañana me despertaba enloquecida por la brutalidad del timbre del despertador, me levantaba despacio, andaba a paso lento y me lavaba la cara con agua fría antes de contemplarme en el gran espejo de la habitación, completamente desnuda, sola bajo la luz tamizada. Me repetía cada día la misma cantinela, hasta saberla de memoria, me la repetía desde el mismo instante en que abría los ojos hasta el momento en que caminaba con la cabeza baja hacia la puerta del colegio, y una vez más, al acostarme, en mi cama. Mis noches habían perdido su sueño y mi cerebro hervía, obsesionado por el eco de estas frases: «No olvides controlar cada una de tus palabras, cada uno de tus gestos, todo lo que haces, y la manera en que lo haces, tienes que analizarlo antes que nada, comprenderlo, pensar en ello. No lo olvides, todo lo que hagas ante los ojos de Sarah contará, un solo error y te arriesgas a perderla para siempre».

Vivía en la sombra. Sobrevivía únicamente gracias a la ilusión de ganarme el amor de Sarah. Odiaba mi vida. Pero estaba demasiado obsesionada para ser realmente consciente de ello.

Me sometía a Sarah, a sus miradas, a sus reproches, a sus silencios, a sus ausencias. Cada uno de sus gestos se convertía en una tortura. Para satisfacerla, sólo tenía que callarme, aguantar. Creía que bajando la vista cada vez que me echara en cara una crítica desagradable, acabaría ganando su amistad. Quería que fuera ella la que me domesticara, la que me dominara, la que dirigiera mi existencia; yo sola, me había vuelto totalmente incapaz. Me sentía preparada para dárselo todo, para cedérselo todo, hasta la vida si lo deseaba. Convertirme para siempre en su esclava, Sarah hubiera podido pegarme, golpearme hasta sangrar, matarme si lo hubiera querido.

«¡Cállate Charlène! ¡Me pones nerviosa con tus súplicas, con tus caprichos de niña! ¡Para, Charlène, me aburres! ¡No hagas nada! ¡No pienses más! ¡No vivas más! ¡Conténtate con ser mía!».

Era terrible. Pero admitirlo, era declararse perdedora. Mi única salida era el silencio. Sabía que de todas formas no tendría la valentía de discutirle nada, de afrontarla. Otra persona seguramente habría intentado reaccionar. Yo no. El único objetivo, la única ambición que me mantenía todavía en vida, era que un día todo volviera a ser como antes y encontrara de nuevo el placer de aquella amistad que antaño habíamos compartido. Pensaba que para ganar su estima, tenía que pasar por

la sumisión. Mi vida ahora sólo consistía en esto. En ser dominada. En someterme cada día.

Hubiera podido irme sin ningún problema, decidir no ser más su amiga. Aparentemente, nada me obligaba a quedarme con ella. Era todavía libre de vivir mi vida. Pero realmente no me digné pensar en ello. No me tomé tiempo para imaginar mi vida sin Sarah, sin alguien de quien depender. Rechazaba evolucionar, perder el apego de aquel torbellino que me tenía encerrada. Me era imposible dar marcha atrás. Me abandoné. Ya estaba muerta.

Un día, poco después del entierro, mientras caminaba por la ciudad, con la cabeza baja, sin realmente saber adónde iba, una mano desconocida me cogió de la muñeca, como si de una caricia se tratase, y me sacó de mis pensamientos. Levanté la cabeza y me encontré cara a cara con una chica de mi edad, muy alta y delgada, que me miraba con una sonrisa inmensa. A mi vez, la observé furtivamente antes de reaccionar. Llevaba una camiseta sin mangas, escotada y corta, ceñida, aunque demasiado grande para ella, y también un pantalón que le sobraba por todas partes. El pelo rubio y suelto, cortado en forma de melenita, rodeaba una cara demacrada y casi macilenta. Los ojos le brillaban. Parecía que ocupaban toda la cara.

—Te cuesta reconocerme, ¿no? —dijo mientras la contemplaba en silencio.

Claro que sabía quién era. Intenté sonreír, después la abracé, esperando encontrar a la Vanessa de mi infancia. Desgraciadamente, sólo tuve la impresión de tener entre mis brazos un cuerpo frágil dispuesto a desplomarse con el más mínimo movimiento por mi parte.

Entramos en un salón de té. Devoré un milhojas, observando cómo jugaba con el pastelito que le había ofrecido y que apenas tocó.

Hablamos durante dos horas. Era como si no la hubiera dejado nunca, o casi. Le pregunté cómo le iba la vida y lo que estaba haciendo allí, en París.

—De hecho, hace un mes que estoy en el hospital. He salido hoy —y después, bajando sus grandes ojos—: Soy anoréxica. En fin, supongo que ya lo has adivinado.

Me habló de su enfermedad y de sus treinta y cinco kilos, de sus dos años de infierno luchando contra su propio cuerpo, de los hospitales, los tratamientos y la presión de los médicos, de sentir varias veces que la muerte le llegaba.

—¿Sabes? Estaba segura de que algún día acabaríamos encontrándonos. He pensado en ti a menudo, y todavía más cuando estaba en el hospital.

En aquel momento me di cuenta de que jugaba con el colgante que llevaba, el de la bailarina azul que yo le había regalado seis años antes.

Me preguntó qué era de mi vida. Le respondí: «No hay gran cosa que contar, por no decir nada». Me dijo que había cambiado mucho, que no me imaginaba así, que ya no parecía tan alegre como antes. Me deshice en lágrimas y se lo expliqué todo. Todo. Desde el principio, mi sufrimiento, mi infierno. Por primera vez, y a pesar de

los años que nos habían separado la una de la otra, me dejé llevar, y se lo solté todo, arriesgándome a que se levantara y me dejara tratándome de loca. Pero se quedó. Cuando acabé de hablar, posó su mano sobre la mía y me dijo: «No sé cómo ayudarte, pero si pudiera, lo haría. Sé lo que es creerse loca. Sé lo que es la obsesión. La he vivido igual que tú. Pero dondequiera que me encuentre, quiero que sepas que estaré ahí, contigo. No lo olvides, nada podrá separarnos, Charlène, nada. Eres tú la que me lo había prometido, recuérdalo».

Y esta vez, fue ella la que me abrazó y yo la que, de pronto, me sentí frágil...

Me dio su número de teléfono y su nueva dirección. No volví nunca más a contactar con ella. No tuve fuerzas. Desde aquella tarde de otoño, perdí completamente el rastro de Vanessa. Sin embargo, un día, en la cárcel, recibí una carta. Me decía que había conseguido superar su enfermedad. Me enteré de que se había matriculado en la facultad de psicología, como siempre lo había deseado. No hacía ninguna alusión al asesinato. Simplemente escribió, al pie de la carta, que siempre sería mi amiga, pasara lo que pasara. Y firmó: «Tu ángel azul».

No sabría definir la obsesión. Creo que la llevamos siempre dentro de nosotros. A menudo, sólo es necesario una tontería para desencadenarla. Se inmiscuye en ti, silenciosa, y ataca lentamente, tortuosa, cada parte de tu ser; pero es astuta y terriblemente manipuladora, pues se hace pasar por tu amiga pero sin embargo no se priva de traicionarte. El sufrimiento, en todo esto, es sólo un efecto. Cuando nos volvemos locos, en general, no nos damos cuenta porque no sentimos daño físico. Lo más doloroso es la caída, el momento en que nos percatamos. Yo tampoco quería ver venir nada. Y después, forzosamente, acabé yendo a parar ahí.

Para Año Nuevo, Martine me invitó a pasar con ellas dos algunos días en la montaña, en un chalet alquilado por varias familias. Se trataba de antiguos amigos del mayo del 68 que tenían por costumbre reunirse cada Nochevieja. Acepté. Era lo único que sabía hacer. Y me fui con Sarah y su madre, siendo perfectamente consciente de lo que iba a aguantar. El pequeño Peugeot 106 negro dejó la autopista en una noche glacial. Apoyé la cabeza contra el cristal empañado, dejando que mi mirada se perdiera por entre los torbellinos de luz artificial que iban pasando por la carretera.

El coche frenó, los neumáticos rechinaron en el suelo de grava a la entrada del chalet. La noche era muy oscura. En medio del silencio extraño de aquel lugar olvidado y nevado, voces, risas, algunas notas de piano y luces salían del interior de la casa, como un signo de vida en pleno desierto. Entramos. Seguí a Sarah, arrastrando las maletas que me dijo que llevara.

Allí había un ambiente de fiesta, un perfume de buena convivencia, todo el mundo conocía a todo el mundo. Los invitados se acercaron a nosotras. Abrazaron a

Sarah, ella era como siempre el punto de convergencia de todas las miradas. Me quedé allí, de pie, sin saber lo que debía hacer. ¿Qué quería Sarah? ¿Que participara o que pasara desapercibida? Estaba ridícula. Con la mirada, observé la casa desde la entrada principal: a un lado, la cocina, toda metálica, al otro, el comedor, en medio del cual había una mesa de roble, ya puesta, bastante larga para acoger a la treintena de invitados, y en el centro, un salón arreglado con la típica decoración navideña. Las habitaciones del piso de arriba, cuyo acceso se hacía por una escalera larga en ángulo, estaban probablemente preparadas.

Después la voz de Sarah se destacó en medio del guirigay. Se volvió hacia mí, pero apenas me miró, y se contentó con decir que yo era *Charlie*, su «mejor amiga», una especie de animal de compañía durante la estancia. Respondí a las sonrisas de los desconocidos, después Sarah recuperó su auditorio.

La seguí al piso de arriba, hasta la habitación reservada para los más jóvenes. Entramos. Cuatro chicas echadas en una de las camas charlaban alegremente mientras se intercambiaban las fotos de sus novietes. Debían de tener más o menos nuestra edad. Cuando entramos, su diálogo se interrumpió de pronto y sus miradas se dirigieron hacia nosotras. Sarah pegó un grito de alegría y se precipitó hacia ellas. Abrazos, risas alocadas, reencuentros. Ellas ya formaban un clan del que yo estaba excluida. Me quedé allí, de pie bajo el umbral, avergonzada. Me contenté con mirarlas mientras esperaba a que Sarah me dijera lo que tenía que hacer. Aguardaba, incómoda. Sarah, claro está, me había vuelto a olvidar. La conocía demasiado bien como para ignorar que lo había maquinado todo desde el principio.

Y después, su voz me sacó del torpor. Las palabras que pronunció me dieron una especie de porrazo: «¿Qué haces todavía ahí, de pie como una idiota? En lugar de quedarte sin hacer nada, ve a ayudar a mi madre a descargar el coche, que yo tengo otras cosas que hacer».

Hubo un largo silencio. Las chicas pararon de hablar y me miraron fijamente con ojos inquisidores. No entendían por qué había dejado que Sarah me hablara así ni por qué, sin rechistar, obedecí...

Ya estaba hecho. Delante de las otras chicas, Sarah acababa de imponer su autoridad. Así les demostraba una vez más que era ella la que tenía todo el poder, y que, más que nunca, era yo la que tenía que someterse.

A la mañana siguiente, cuando me desperté, me encontré sola en la gran habitación; aparentemente, todas se habían levantado antes que yo y no me habían esperado para desayunar. Con un paso lento y apático, bajé hasta el comedor. Tenía la cabeza espesa y dolorida por la falta de sueño. La noche había sido corta: me pasé la velada echada con ellas en la cama, sin decir nada, escuchando cómo reían, hablaban y se explicaban sus últimas conquistas amorosas, mientras se atracaban de chucherías y fumaban paquetes de Marlboro birlados discretamente. Me quedé con ellas porque no tenía ningún lugar a donde ir; y acabé perdiendo el hilo de la conversación. Las otras chicas se volvieron hacia mí varias veces, curiosas probablemente, para

preguntarme quién era, qué ambiciones tenía, si tenía un amigo, en resumen, si tenía algo que decir. Como yo no supe qué responder, Sarah se ocupó de ello, interviniendo en mi lugar: «¿Ella un amigo? ¿Estáis de broma o qué? Nunca ha salido con nadie. En fin, es más bien normal, ¿no, Charlène? Porque ¿qué chico un poco sensato se interesaría por un personaje como tú, eh?». Y se puso a reír secamente, pero era la única que lo hizo: para mi sorpresa, las otras no la siguieron. Me miraron reiteradamente, silenciosas y molestas, y Sarah, viendo que mi aspecto patético las afectaba, retomó el hilo de la conversación para hacerse perdonar, y todas olvidaron lo que había sucedido. Se durmieron muy tarde. Yo me acosté un poco antes, pero me quedé despierta en la cama. La voz de Sarah me obsesionaba. Cuando finalmente se metió en la cama, fue el ruido de su respiración lo que me impidió dormir.

Desde el comedor salían todo tipo de sonidos: alrededor de la mesa se confundían las voces, las risas, los chillidos de niños, el choque de cucharas contra los tazones de cerámica, y el silbido de la tetera a modo de ensordecedor ruido de fondo. El aroma de café caliente, chocolate humeante y pan recién hecho, acabado de traer de la panadería más cercana, cosquilleaba mis sentidos, nada más levantarme.

Me dirigí a ellas, me senté a su lado y les solté un discreto buenos días que no oyeron muy bien. Empecé a comer, con la mirada escondida en mi tazón de cereales. De pronto, una voz, hasta entonces desconocida, vino a interpelarme. Levanté la vista. Era Laetitia, una de las amigas de Sarah. Me miraba fijamente con unos ojos extrañamente tranquilizadores. Debía de estar esperando a que le respondiera.

—Perdona ¿Qué decías?

—Dime, ¿Sarah es realmente tu mejor amiga?

Miré hacia todos los lados de la mesa: Sarah y las otras se habían ido. Oí cómo se reía sigilosamente en el salón. Bajé la cabeza de nuevo y después solté, de un tirón, con el mismo brío que si lo hubiera aprendido de memoria.

—Claro que es mi mejor amiga. Nos conocemos desde quinto. Ella siempre ha estado ahí por mí, incluso en los momentos más duros. Lo compartimos todo, nuestros secretos, nuestras alegrías, nuestros sueños. Sarah es una chica genial, le debo mucho. Se lo debo todo, de hecho. Me ha sacado de más de una situación difícil. Si no fuera mi amiga, yo no sé dónde estaría. Me ha dado tanta felicidad... Lo haría todo por ella de lo mucho que le estoy agradecida. De hecho, ella y yo somos como dos hermanas, dos hermanas de sangre.

Paré de hablar y se hizo un largo silencio antes de que ella respondiera. Ignoraba por qué le había contado todo aquello. Bajé la vista y así permanecí esperando a que me dijera lo que yo ya sabía:

—¿Pero has visto en qué tono te habló ayer por la noche? ¿Y tú toleras todo esto?

—Es mi mejor amiga.

—¿Y crees que esto le da derecho a tratarte así?

—Sí.

—No te comprendo. Eres una chica rara.

No le respondí. Esperé, silenciosa, impasible.

—De todos modos, no me imaginaba que Sarah fuera así. Tengo que decir que nos ha chocado a todas la manera en que te ha reprendido delante de nosotras. No deberías dejarte tratar de esta manera. Es una pequeña zorra, ¿sabes?

Me encogí de hombros y dejé que se fuera. Me quedé inmóvil un rato, con la mirada clavada en el tazón vacío. En aquel preciso instante, de manera extraña, una alegría violenta y malsana me invadió; aquellas únicas palabras —«es una pequeña zorra»— me proporcionaron un profundo sentimiento de satisfacción.

Había anochecido sobre un horizonte de formas accidentadas. A lo lejos, el contraste entre el gris azulado de las montañas y el azul noche del cielo se distinguía tan débilmente que los colores casi se confundían uno con otro. Era una noche de invierno, la última del año.

La cena de Nochevieja hacía ya más de una hora que duraba. No le veía el final.

El ambiente estaba cargado de humo, había ruido, mucho ruido. Las voces se entremezclaban en un jaleo confuso. La comida, demasiado abundante, demasiado larga, me producía náuseas. Aquel ambiente me emborrachaba. La música, la gente, sus risas, sus voces, su indolencia, todo me abrumaba. Ya no podía más.

A veces ocurría que alguien se dignaba prestarme atención, me preguntaban si estaba bien, si me divertía. Respondía «sí, gracias», y ya está, me olvidaban. Aparentemente, yo no necesitaba nada, por eso volvían al lado de Sarah. Ella les explicaba sus ambiciones, su futuro. Pensaba aprobar primero el bachillerato científico y la selectividad con nota, y después realizar unos brillantes estudios en HEC^[4]; se veía haciendo de mujer de negocios despiadada, volviendo tarumba a una decena de hombres trajeados con maletín. Quizás incluso de política en sus ratos libres, todo el mundo sabía que estaría muy dotada para hacer de tecnócrata demagoga, y, de todas formas, había nacido para dominar, dirigir, imponerse. Y después, como sería indiscutiblemente rica llegada a la treintena, acabaría comprando una antigua masía en la Camarga, donde criaría caballos, se casaría con Matthieu, que le haría uno o dos retoños, mientras ella lo iría tratando a baquetazos. A la edad de cien años y pico, quizás empezaría a pensar en morir.

Y todos la escuchaban, sabían que aquello sucedería tal y como ella lo había decidido, que una cría tan precoz sólo podía triunfar.

Después todos se pusieron a bailar, Sarah la primera. Llevaba un vestido de color antracita que le llegaba hasta los tobillos; la tela recubría su silueta esbelta, como un velo ligero y vaporoso. Cuando se movía bajo la luz gris de los focos del salón, acondicionado para pista de baile, parecía que la ropa y su piel formaban un todo único. Su vestido se ondulaba sin rozarle apenas el cuerpo, temblando con ella, con cada uno de sus movimientos. Se había dejado el cabello suelto y sus rizos, grandes y rojizos, le acariciaban los hombros formando mechazas irregulares y fogosas. Bailaba, frenética, al ritmo de todo tipo de música, infatigable.

Como me aburría a más no poder y además me había vuelto aparentemente

invisible entre toda aquella gente, me dije que quizás, si vaciaba todos los vasos, uno tras otro, mi borrachera llamaría la atención de Sarah y los demás, y así me mirarían por fin. Bebí como un cosaco sin darme realmente cuenta. Además, a partir de aquel momento, no sé lo que pasó exactamente. Los vasos de alcohol, de vino blanco, de licor de cereza, de burdeos, de Picón^[5] iban desapareciendo y yo sentía placer llevando las riendas de mi persona. Me escabullía por entre una felicidad despreocupada e inconsciente. Osaba encarar lo prohibido y, a primera vista, funcionaba. Nada tenía ya importancia, yo continuaba mi exploración. Bebía y me divertía más, así que bebía y bebía. Y de pronto Sarah me vio.

Subimos a la habitación del piso de arriba con las chicas. Las hacía reír y me gustaba. Quizás se reían de mí y de mi estado, yo que les había parecido tan cortada. Sólo Sarah no se reía. Me ordenó que parara.

—Venga, *Charlie*. Ahora ya no tiene gracia.

Pero no podía echarme atrás. Esta vez era yo la que atraía la mirada de las otras chicas. Disfrutaba poniendo celosa a Sarah, estropeando aquella fiesta que tenía que ser la suya. Me volvía peligrosa y todo aquello me gustaba muchísimo. Jugaba, y lo hacía bien. Veía que me reían las gracias, y entonces todavía me pasaba más. Un vaso más, para ver...

Bajamos a la cocina; me había cogido del brazo de Laetitia y caminábamos, riéndonos a carcajadas. Sarah, furiosa, iba delante de nosotras. Normalmente, nunca habría tenido la audacia de ser tan provocadora. Pero dejé de ser yo misma.

Y me bebí el vaso de más. Me arrancó de las manos la botella de cerveza con un gesto tan brutal que se cayó y se estrelló contra las baldosas del suelo. Apenas estallaron los cascos a mis pies, sentí cómo sus dedos me abofeteaban con tanta fuerza que me caí al suelo. Un silencio pesado, terriblemente largo, siguió al golpe. Levanté los ojos llenos de lágrimas y la miré. Estaba delante de mí, altiva, terrorífica. Me miraba como si fuera a matarme. Yo, débil, avergonzada, miserable, imploraba su perdón en silencio. Me sentía minúscula. El tiempo acababa de pararse, nadie se movía. Entonces, me agarró del brazo y me empujó hasta el interior del cuchitril, sin decir nada, como si fuera natural. Era la esclava de sus gestos. No gritaba para defenderme. Me quedé en el suelo y tuve que cerrar los ojos de lo mucho que me quemaban las lágrimas. No intenté impedirle que actuara, ella hacía lo que tenía que hacer. Los golpes sólo saciaban su desprecio. Sarah sabía que para mí eran superficiales, que era el mal y la vergüenza lo que me corroía.

Me zarandé con violencia como para despertarme. Sus gestos eran extremadamente brutales. Sentía de cerca su respiración. Me hacía daño, pero no pasaba nada: yo había esperado aquel momento desde hacía años, lo sabía pertinentemente, y saboreaba cada golpe, cada herida, no como un castigo, sino como una victoria, un logro. Ambas gozamos así, con lo extremo.

Los gritos de Sarah resonaban contra mis tímpanos ensordecidos. Grogui, sólo percibía su timbre de voz, sin comprender las palabras que me echaba en cara al

ritmo de los golpes. «¡Eres penosa, Charlène!... Y yo, ¿cómo quedo ahora delante de los demás?... ¡Eres incapaz de responsabilizarte!... ¡Estoy harta de tus gilipolleces! ... ¡Me das asco!...». Es todo lo que pude entender en la niebla de mi sufrimiento.

Dejé que me encerrara en la despensa. Me abandonaba, sola, en aquel pequeño cuarto oscuro y frío. Me desplomé y dejé descansar la cara sobre las frías baldosas. Paré de respirar, cerré los ojos. Oí la voz de Laetitia al otro lado de la puerta.

—¡Charlène, déjame entrar! ¡Charlène! ¡Tenemos que hablar, venga abre!

Al cabo de unos minutos, acabó yéndose. Oí cómo sonaban las doce campanadas de medianoche en el salón y todos se alegraban. Pasé la Nochevieja en aquel cuchitril, con la cara llena de polvo, en medio de la confusión. No pensaba más, esperaba. Me quedé allí encerrada durante cerca de tres horas. Cuando por fin decidí levantarme, la fiesta no había terminado. Me di cuenta de que había un poco de sangre en el suelo y en mi ropa; Sarah me debió herir involuntariamente mientras me pegaba. Sin hacer ruido, abrí la puerta y me fui. Me escabullí furtivamente hasta la habitación, y me acosté. Nadie me había visto.

Al día siguiente me despertó la luz de la mañana. No estaba segura de no estar soñando. Tenía la cabeza pesada y la boca seca. El gusto acre de la sangre todavía me acariciaba los labios. Me sentía sucia. Un ruido sordo, tembloroso, repiqueteaba en mi cráneo sin parar. Inmediatamente, la primera imagen que me vino a la mente fue la de Sarah. Recordé la pesadilla que había martilleado mi noche. Soñé con una lucha desenfrenada entre las dos. Ella, ni tan siquiera intentaba pegarme; yo, trataba de acabar con Sarah, encarnizadamente, desbordando una rabia indecible. Pero mis golpes no le hacían daño. Mis manos nunca alcanzaban a darle. Quería gritar: mi garganta se resistía, todo permanecía bloqueado en mi interior. Y, después, en un último acceso de violencia, abrí los ojos a la realidad. Cuando sonó el despertador, casi me estaba ahogando, oprimida por la rabia que me había atenazado durante el sueño.

Miré a mi alrededor: la habitación estaba sumida en el silencio. Las chicas todavía dormían, su respiración era apenas audible. Apreciaba aquella calma matinal, pero me sentía incómoda. Me levanté e inspiré profundamente, sentía el aire en los pulmones. Fui hasta la cama de Laetitia y la desperté poco a poco, murmurando su nombre hasta que abrió los ojos.

—¿Charlène?... ¿Qué pasa? ¿Qué hora es?

—Tranquila, no pasa nada. Todavía es pronto. ¿Por qué Sarah no está en su cama? ¿Sabes dónde ha dormido?

—En la habitación de su madre. Dijo que no quería despertarse a tu lado esta mañana.

—Vale, gracias. Puedes volver a dormirte ahora...

Salí de la habitación y caminé de puntillas por el pasillo principal. Aún no se había levantado nadie. El chalet parecía abandonado, estaba sola. Caminé hasta la habitación de Martine y abrí la puerta con el mayor cuidado posible para no hacer

ruido. Lentamente, mis pasos me guiaron hasta la cama de Sarah.

En cuclillas, la miré un rato. Incluso durmiendo guardaba aquel semblante despreciativo y marmóreo. Incluso durmiendo parecía controlarlo todo, incluso en aquel estado me daba miedo. Por un momento, tuve ganas de perturbar aquella quietud, de interrumpir sus sueños, de romper el silencio de su descanso con la resonancia de un grito. Por un momento, tuve ganas de verla muerta.

Y después, oí ruido en el pasillo. Así que me fui.

Cuando volví a casa, felicité de pasada el Año Nuevo a mis padres. Después me enclaustré en mi habitación, como cuando era niña, cerrando los postigos de la ventana para que la oscuridad inundara totalmente el cuarto. Sola en la penumbra, me sentía protegida.

Lo saqué todo de las cajas: fotos, álbumes, diarios personales, cartas, cuadernos, recuerdos. En una tarde vi pasar mi vida bajo mis ojos, un pasado del que me había propuesto huir, olvidar.

Y nada fue más doloroso.

Me enteré de que antes de Sarah había tenido una vida, una infancia feliz, una existencia propia, completamente mía. Quizás no fui gran cosa, pero como mínimo era alguien. Había sido feliz. Había sido libre.

Fotos mías. Doce años: de pie, con mi pandilla de verano delante de la piscina durante la puesta de sol, Vaucluse, verano del 96. Diez años: entre mi padre y mi madre, Bastien en cuclillas delante de nosotros, los invitados detrás, juntos alrededor de la mesa, Navidad del 94. Ocho años: en pijama, acurrucada bajo las mantas, Vanessa acostada en el otro lado de la cama, sin fecha. Cinco años: foto malograda de un niño de mirada airada, sentado en las rodillas de mi abuelo, otoño del 89. Dos años: un bonito día de verano, un sombrero de paja y un vestido corto de rayas, dando mis primeros pasos, de la mano de mi madre. Dos días: el hospital, mi madre me coge en brazos, mi padre está a nuestro lado. Sonríen, están emocionados. Lloré ante aquella imagen.

Me di cuenta de que mi vida no había sido siempre sórdida. Me habían querido, y quizás todavía me querían. Para mis padres, mi hermano, Vanessa, y algunos otros, yo era alguien con personalidad propia, formaba parte de sus vidas y ellos de la mía. Me invadió un intenso mareo. Sentía náuseas ante la evidencia.

¿Cómo me podía haber cegado tanto? Había buscado amor, amistad, quizás algo diferente y creí haberlo encontrado en Sarah. Durante casi dos años me empeñé en hacer revivir aquella relación. Pero Sarah lo había aniquilado todo, me había apartado de mí misma.

Y hubo gente que me quiso durante todo aquel tiempo. Y en mi ceguera, llegué hasta incluso perder de vista el amor que me daban.

Hoy, su paso lo había devastado todo. Mi vida era una ruina. Era un ser débil:

torturada, atemorizada, silenciosa. Sumisa. Humillada, me había convertido en un ser sin identidad.

Consideré mi pasado a través de aquellas fotos esparcidas por el suelo. Todo era límpido, Sarah no me había utilizado por casualidad. Sabía desde el principio que yo era débil e influenciable. Y me necesitaba tanto como yo a ella. Quizás incluso ya advirtió que estaba loca, o que era susceptible de estarlo. Fuera lo que fuese, yo había dejado que me dominara, aceptado las reglas de su juego y contraído una deuda con ella. En un momento concreto de mi vida, supo darme confianza en mí misma y se convirtió en mi única interlocutora. A partir de aquel instante, lo que prosiguió era ineluctable. Así que me dije que quizás yo no era la única culpable en toda aquella historia. Quizás incluso Sarah estaba tan loca como yo, pero el destino había querido que nuestros caminos se cruzaran y que fuera yo la perdedora. Por primera vez, después de años de ofuscación, me daba cuenta del desprecio que podía sentir por ella. Durante mucho tiempo, había creído que este sentimiento era fascinación. Pero entre el odio y la pasión quizás no haya más que un paso.

Dirigí la mirada hacia el espejo de mi habitación, aquel espejo que había aterrado tanto mi infancia, y vi a una desconocida. Una chica desnuda, en cuclillas, herida por las lágrimas que afluían a sus mejillas, estaba detrás de la luna y me clavaba su mirada vacía. Para no verla más, cogí el primer objeto que encontré, la lámpara de la mesita de noche, lo tiré al suelo y me ensañé hasta que toda la lámina de cristal se rompió a mis pies. Con los últimos trozos casi me hice sangre en las manos.

Amar y ser amada

Irme del Chopin después de tercero^[6] se convirtió en mi única escapatoria. Estaba preparada, lo sabía, a huir para siempre de aquella vida de la que Sarah había hecho un infierno. Convencida de que una vez dejado el colegio, nuestras vidas por fin se separarían, recibí la llegada del verano con un alivio infinito.

Dejé tras de mí aquellos cuatro dolorosos años, por suerte ya pasados. Vivía con la esperanza de volverle a encontrar el gusto a la vida, lejos de los lazos peligrosos que me unían a Sarah. Sin miedo, sin desprecio, sin vergüenza, viviría de nuevo.

Me preparaba a cada instante para aquella ruptura. Era un combate hecho de esperas y desalientos. ¿Sería por fin capaz de sobrevivir sin depender de ella? Día tras día, me empeñaba en convencerme. A final de curso, creí que sería lo bastante fuerte como para enfrentarme a Sarah y decirle que no cuando me pidiera que fuera al mismo instituto que ella había elegido. Me había equivocado. Cobarde, bajé la cabeza y me incliné ante su decisión.

En el mes de septiembre de aquel curso escolar, empecé pues segundo^[7] en el instituto Baudelaire, y las puertas del infierno se me abrieron de nuevo.

Era el primer día de clase. Varios grupos de alumnos esperaban delante de la verja del instituto. Sólo veía cara desconocidas. El edificio, que tenía unos veinte o quizás treinta metros de alto y estaba precedido por una amplia plaza ideada de plátanos de sombra y bancos, se elevaba delante de mí, aterrador, inmenso. Las ventanas eran muy grandes y daban, por el otro lado, a dos patios separados uno de otro por un segundo edificio. Las paredes, con un revestimiento usado y oscuro, me dieron una primera impresión de la cárcel que me acogería unos años más tarde.

Camino a tientas, perdida. Con paso inseguro, hago mi entrada en la clase. Mis ojos miran de un extremo a otro las hileras de mesas de los alumnos. Sarah está allí. Doy un profundo suspiro de satisfacción ya que, en realidad, era todo lo que buscaba. Me considera en silencio sentada al fondo de la clase. Sus labios esbozan una sonrisa socarrona. Enseguida noto las miradas seducidas de los alumnos que están tentados cerca de ella.

Sarah había decidido que yo no tenía que continuar existiendo, provisionalmente al menos. Seguía conservando, claro está, el título oficial de mejor amiga. Sin embargo, el primer día de clase, no tenía que mostrar que lo era. Así, durante los primeros días, después durante varias semanas, y finalmente durante los meses que siguieron, ella hizo ver, cuando estábamos en público, que no me conocía. El juego continuaba, ninguna mirada, ningún intercambio, me ignoraba. Se divertía, se reía muy alto para que yo la oyera. Explicaba su vida a sus nuevas amigas para demostrarme que ya no era su confidente. Todo esto, lo había preparado con cuidado con el único objetivo de negar mi existencia. Ahora Sarah sabía que yo sufría mucho más por la ausencia de su atención que por sus críticas y sus reproches.

Ella no ignoraba que me ponía enferma. Era una auténtica tortura, estaba completamente obsesionada con ella, la locura me acechaba. Su diabólica puesta en escena continuaba, sabía exactamente lo que ella pensaba: «No vale la pena que me supliques, *Charlie*. Soy más fuerte que tú. Iré hasta el final, me divierto».

Pasaba los días sola, espiando a Sarah. Ninguna de mis miradas se le debía de escapar. No quería perderme nada de lo que decía, era como si viviera en su sombra. Ya no controlaba nada, y todo mi ser estaba impregnado de una violencia, de una ira que nunca antes había presentado.

Sobre mí corrían rumores: que era una adolescente con problemas psicológicos, seriamente depresiva, sujeta a una agresividad y a unos cambios de humor bruscos e incontrolables. No necesité mucho tiempo para comprender que Sarah era la causa de todas aquellas habladurías, ya que era la única persona que sabía que a la edad de trece años había intentado desaparecer para siempre.

Así pues, durante meses, vi cómo los otros se alejaban de mí. Aguanté su indiferencia, las miradas interrogativas, las murmuraciones a mis espaldas. Les daba miedo. La verdad es que pasaba de su desprecio. Sólo me importaba Sarah. Ésta continuaba provocándome, ridiculizándome a cada momento. Los que estaban con ella lo aprobaban. Todos los secretos que antaño le había confiado se convertían en temas de mofa y de rumores. Me sentía más indignada que nunca, pero demasiado sola e impotente para hacer algo. Me dolía más su traición que su ausencia. Y lo único que hacía todo esto era avivar todavía más la locura que tenía que controlar sin cesar.

Inconscientemente, lentamente, preparaba ya el plan de mi venganza.

En el instituto, por aquel entonces, Máxime era sólo para mí una nuca erguida ante mis ojos durante las clases de lengua. Una larga nuca, bien derecha, neta y despejada, coronada con una cabeza rubia, de mechones cortados regularmente, donde resaltaban, a los lados, un par de lóbulos ligeramente despegados. Muy alto, muy delgado, su apariencia siempre me pareció demasiado frágil para un adolescente de dieciséis años.

Hasta aquel momento, nos habíamos cruzado con una indiferencia recíproca. Pertenecía a un grupo de chicos bastante pueriles, que nunca me habían llamado la atención. Pasaba de él, al igual que de los otros y de mí misma.

Pero no. No digo la verdad. Quizás en el fondo, siempre supe que era distinto, por lo menos más maduro y reservado que aquellos tipos que lo acompañaban. Los rumores, las expresiones de desprecio, la influencia de Sarah dentro de la clase, todo esto le daba igual, me confesó un día. Secretamente me intrigaba. Pero en aquel momento de mi vida, estaba demasiado preocupada por Sarah como para dignarme interesarme por él. Nuestras miradas se contentaban con cruzarse en un movimiento fugaz, nunca nos atrevimos a hablarnos.

Hasta aquella mañana de octubre.

Llovía, y todavía me acuerdo del perfume de la tierra que impregnaba las calles. Mientras la tormenta golpeaba la ciudad, que se había coloreado de gris, salí.

Me precipité hacia la pequeña librería de la esquina de la calle Des Haies. Dentro reinaba un silencio total que contrastaba con el ruido que hacía fuera la lluvia diluviana. Desierta aquel sábado por la mañana, la tienda parecía preservada de cualquier bullicio. Adoraba aquel ambiente guarnecido con fieltro donde me podía pasar horas, en medio de libros, polvo acumulado y olor a papel.

Mi padre me llevaba a aquella librería cuando era pequeña, y mientras dedicaba apasionadamente toda su atención a la sección de obras históricas, yo descubría maravillada el tacto liso y frío de las páginas bajo mis dedos, el perfume de las tapas nuevas o antiguas y el ruido que hacen las páginas cuando se pasan una a una y se arrugan ligeramente. Es en aquella pequeña tienda algo escondida, a unos pasos de mi casa, donde descubrí el placer de las palabras, de las cartas, de los papeles, sus gustos, sus olores, sus caricias, su lenguaje.

No sé lo que me empujó a entrar allí aquella mañana. De ordinario, sólo salía de mi habitación muy raramente. Pero aquella vez, necesitaba saber. Prendada de una necesidad súbita, esperaba tener por fin una respuesta a mis preguntas. Quería la verdad. Saber si había habido casos similares al mío, si estaba o no enferma, cómo superarlo. ¿Podían explicarme de una vez por todas lo que estaba viviendo?

Enseguida, me dirigí a las estanterías que tapizaban la pared del fondo bajo el rótulo «Psicología». Con un golpe de vista, recorrí los libros expuestos, el nombre de los autores, las épocas, las ediciones, los títulos, cogiendo al azar los que me parecían apropiados y hojeándolos rápidamente con el fin de encontrar algún pasaje interesante. Me habían hablado de una biografía reciente que había causado escándalo en los Estados Unidos: la historia verídica de un joven condenado a muerte que explicaba cómo había tenido la desquiciada idea de matar de una manera horrible a su padre y a sus dos tíos.

En los estantes que estaban más altos, encontré una obra que trataba sobre el fanatismo y, más concretamente, sobre el deseo de matar que engendraba. Recorría las líneas con los ojos a una gran velocidad para no perderme ninguna palabra.

«La muerte constituye lo absoluto [...]. No podemos ir más allá de esta frontera [...]. Ya no podemos volvernos a definir [...]. Lo extingue todo [...]. Es un recurso lógico e ideal [...]. Límites del paroxismo [...]. Fin [...]. Desmesura [...]. Alivio [...].»

De unas estanterías más alejadas, cogí una novela de Camus que habíamos tratado muy por encima en la clase de literatura: *El extranjero*. Me pareció que uno de los fragmentos me tocaba. Bebía cada una de las palabras con la mirada ávidamente concentrada y a la vez perdida entre las líneas y, sin saber por qué, me fascinaban: «Todo mi ser se puso tenso y crispé la mano que sujetaba el revólver... El gatillo cedió, toqué el vientre pulido de la culata... Me liberé del sudor y del sol. Comprendí

que había destruido el equilibrio del día... Así que volví a disparar cuatro veces sobre un cuerpo inerte que recibía el impacto de las balas sin que se notara... Como si aquella gran cólera me hubiera librado del mal, sin esperanza, y ante aquella noche llena de señales y estrellas, me abría por primera vez a la tierna indiferencia del mundo».

Releí el pasaje varias veces. El destino de Meursault era el mío. Y descubrirlo fue como abrir los ojos a una evidencia hasta aquel momento insospechada.

Acabé levantando la mirada. Tuve la impresión de que transcurrió un buen rato. Y entonces lo vi. Un tipo estaba allí, en la sección de poesía moderna, de pie, inmóvil, a pocos metros de distancia. Había reconocido a Máxime. No sé por qué, pero me dejé llevar por el deseo de mirarlo. Su semblante parecía petrificado, y como sus cejas se juntaban formando dos olas marrones por encima de sus ojos, lo adivine concentrado en el libro que tenía entre las manos, absorto en la lectura.

Cuando se movió, su mirada se dirigió inmediatamente hacia la mía. Enseguida, por timidez más que por un movimiento reflejo, bajé la vista para volver a mi lectura. Durante unos instantes, hice ver que no había notado su presencia y esperé a que fuera él quien se me acercara, porque sabía que vendría hacia mí.

Me soltó un tímido «buenos días».

Posé la mirada en él, como si estuviera sorprendida. Sonrió.

—¿Qué haces aquí? No sabía que venías a esta librería —me dijo después de un breve silencio muy molesto.

No sé qué responder. Se inclina hacia mí. Su mirada es dulce, casi tranquilizadora.

—Dime, ¿qué lees?

—*El extranjero*. Tenía ganas de comprarlo desde que lo tratamos en clase.

—Me encantó este libro. Ya verás, aunque el estilo parezca bastante sobrio, la historia es realmente desgarradora. Te lo aconsejo muy mucho.

—¿Y tú qué lees? —musité posando la mirada en el libro que tenía en las manos.

—Pues estaba bastante interesado en un libro de poesía. Jean Tardieu, no sé si lo conoces...

—Vagamente. Vaya, no sabía que leías este tipo de obras...

Baja la vista y esboza una tímida sonrisa. Es casi enternecedor.

—Pues sí, de hecho sí —responde—. A veces lo hago. Pero si quieres, podríamos hablar de esto en otro sitio... ¿Haces algo después?

—No lo sé..., no mucho. Pensaba volver a casa. ¿Por qué?

—Mmm... (ligera duda), si te parece, podríamos ir a tomar algo. Conozco un café agradable cerca de aquí.

No me dio tiempo a dudar, ni a rechazar. De pronto, algo incomprensible acababa de empujarme a aceptar.

Pagué mis dos libros y después nos fuimos de la librería. No revelé a Máxime la auténtica razón por la que escogí el *Estudio psicológico del asesinato fanático*. Fuera,

el tiempo parecía más clemente. Anduvimos en silencio hasta un café situado en la esquina de la calle De l'Harmonie. Nos pusimos en una mesita situada en un rincón. Dejó el chaquetón negro, todavía perlado de lluvia, en el reborde de la silla. Pedí un chocolate, él pidió un café e insistió en invitarme. Nos quedamos en silencio un instante, contemplando la calle desierta tras el cristal.

Lo primero que hizo fue encender un cigarrillo. Lo observaba. Le miré los dedos, largos y finos, delicados y frágiles: dedos que se le parecían. Sarah decía que podíamos conocer a una persona con tan sólo mirarle las manos: las suyas eran bonitas, blancas y limpias. Máxime tenía dedos de artista, dedos de escritor. Desde el primer momento, adiviné en él un aire de suavidad, ausente en los demás chicos.

Fumaba. Unas nubes de humo se formaban entre nosotros. En él, parecía una marca de elegancia y espiritualidad. Le miraba los labios bien dibujados, la nariz, muy recta y corta, que daba nacimiento a dos pequeñas aletas casi invisibles. Y finalmente los ojos, velados tras los cristales de las gafas, que le daban, debo decir, un encanto genuino. No quise descubrir aquella mirada deprisa. Primero, preferí esquivarla, no avanzar ni precipitar las cosas. En verdad, me moría de ganas de conocerlo mejor. Pero no enseguida. Desafiar aquellos ojos, ya era mostrar demasiado.

Se puso a hablar. Su voz era clara, dulce y a la vez solemne. Estaba suspendida en sus labios y no me perdía ni una palabra de lo que decía. Tuve al instante la impresión de estar relacionándome con alguien excepcional. Máxime era un chico muy interesante.

Escuché cómo me explicaba que sería médico de urgencias, porque amaba el riesgo y la imprevisión, la tensión y los desafíos. Me dijo que vivía con su hermana mayor desde la muerte de su madre, acaecida unos años antes. No me dijo ni una palabra de su padre. Poco a poco descubrí quién era. Me confesó que tenía tanta afición por la escultura como por los videojuegos y tanta por la ciencia ficción como por la literatura clásica y contemporánea, Zola, Steinbeck y Duras eran sus preferidos. Era admirador de Rodin y de Picasso, y también, tanto de Bob Marley como de Chopin y Zinedine Zidane, y no sabía si le gustaba más la música psicodélica de los Pink Floyd o el *rhythm'n'blues* afroamericano. Y después añadió que no podía soportar a la profe de economía y que le encantaría que le explicara el último TP^[8] de química que no había entendido para nada.

Hasta entonces, debido a lo poco que me había interesado por él, me había imaginado a Máxime como un adolescente cerrado, que no se encontraba a gusto consigo mismo. A partir de aquel momento, empecé a descubrir a un chico alegre, con una personalidad completamente sorprendente. Es extraño, pero me gustaba. Aquel día, incluso consiguió hacerme reír. Desde que conocí a Sarah, nunca nadie había sido capaz de lograrlo.

Y sin embargo, una angustia, siempre presente, me arrancaba de aquella felicidad. ¿Y si lo descubría? ¿Y si me leía en la mirada lo que yo era realmente?

No quise encariñarme. Él era demasiado perspicaz como para no darse cuenta.

No sé lo que empujó a Máxime a hacer de mí su amiga después de aquella lluviosa mañana de principios de otoño.

Cuando llegaba la tarde, después de las clases, me llevaba al café de la calle De l'Harmonie. Nos poníamos en nuestra mesa habitual, él pedía un café, yo un chocolate, y fumábamos paquetes enteros de Camel, cuyo sabor era tan fuerte que a veces me daba náuseas. Hablaba y yo lo escuchaba, absorta en sus temas de conversación, por insignificantes que fueran. Yo no tenía nada que decir. Cuando me hacía preguntas, yo respondía lo más brevemente posible para no desnudarme. Nuestra amistad era todavía demasiado frágil como para desvelar el terrible secreto que pesaba sobre mí.

Nos quedábamos hasta muy tarde en aquel café, a veces hasta el cierre. Y dejaba que me acompañara hasta la puerta de mi casa. Allí era donde nos despedíamos y desde donde veía cómo se alejaba con melancolía.

A veces también, entre las doce y las dos, me invitaba a comer a su casa, un pequeño piso del distrito 14.º donde vivía con su hermana, su cuñado y sus dos sobrinos. Siempre era recibida con los brazos abiertos. Durante la comida, todos escuchaban cómo conversaba incansablemente, con una mirada divertida y tierna. Hablaba tanto que apenas tocaba el plato. Su actitud, su ligera torpeza, su deferencia, todo en él me seducía, todo en él me volvía a llevar, poco a poco, hacia una vida normal.

El piso era bastante pequeño para cinco personas. Recuerdo todavía su habitación, un cuarto minúsculo bajo el tejado, siempre en desorden. Tenía pósters que empapelaban las paredes por decenas, principalmente carteles antiguos de películas y fotos en blanco y negro, casi todas de su madre. Únicamente los libros de la estantería estaban ordenados con cuidado por géneros. Y la primera vez que empujó las puertas de su misterioso universo, abrió del todo sus batientes y me murmuró al oído: «Éste es mi mundo».

Bajo nuestros ojos, los tejados parisinos se superponían hasta el horizonte. Me dijo que era la primera vez que llevaba allí a una chica. Le sonreí. De pronto, me sentí invulnerable. Él estaba allí, junto a mí, y yo era feliz. Casi demasiado.

Máxime se estaba haciendo mi amigo, y a veces me costaba admitirlo. Sin que yo se lo pidiera, se esforzó por descubrirme, por apaciguarme. Sin embargo, yo no buscaba nada. Mi locura me bastaba. No necesitaba ningún apoyo, ningún amor, a no ser que fuera el de Sarah.

Pero en el fondo, me aportaba la ayuda que siempre había esperado.

Poco a poco empezó a formarse una nueva Charlène. La ausencia de Sarah era para mí cada vez menos dolorosa. Máxime amaba la vida. Y a veces me dejaba llevar por aquella felicidad, hasta compartirla plenamente con él.

Las semanas pasaban. Y de pronto, perdí el control de la situación. Probablemente, incluso me mentí a mí misma en cuanto las cosas empezaron a cambiar entre nosotros. No podía enamorarme, no, yo no. La voz gritaba en mi interior. «No», decía, «tú le perteneces a Sara. Sólo a ella, ¿me oyes?». Sin embargo, la presencia de Máxime se me había vuelto indispensable.

A mis casi dieciséis años, jamás había conocido un solo amor, un afecto, distinto al que me habían dado mis padres y mis pocos amigos. Lo ignoraba todo sobre la pasión amorosa, incluso la emoción sentida durante un simple beso. Así que, la idea de amar, me era inconcebible.

La mayoría de las chicas de mi clase ya no eran vírgenes, tampoco Sarah. En aquella época, sentía celos de sus primeros flirteos y de las miradas de los chicos que se posaban en ella con deseo. Yo sólo llegué a sorprender de vez en cuando algunos guiños irrisorios. Nunca nadie me había amado. Y me sentía incapaz de darle amor a un chico. Me aterrorizaba sólo de pensarlo. Porque el único afecto que había sentido por alguien, Sarah, se había convertido, con el tiempo, en esta horrible obsesión enfermiza.

No debía amar a Máxime. No a él. Porque amarlo sería hacerle sufrir, inexorablemente. Él me conocía ya demasiado bien. Quizás incluso sabía que estaba completamente loca, que los rumores que circulaban acerca de mí no eran del todo infundados. Pero manifiestamente, había decidido aferrarse a mí, a pesar de mis silencios cuando me hacía preguntas, y quería conocerme en profundidad. Decía que había sabido leer en el fondo de mi alma. Que me encontraba enternecedora, interesante, en una palabra, atractiva. En silencio, le imploraba que se callara.

Ya le hacía demasiado daño. Por temor a que nuestra relación no se volviera similar a la que tenía con Sarah, me negué a amarlo. El futuro, en aquellas condiciones, me aterrorizaba.

Por eso decidí huir.

Rechacé las invitaciones para ir al café después de las clases, pretextando que mis padres me lo habían prohibido, con el fin de que trabajara más —de hecho, esto les daba completamente igual—, incluso cuando insistía en que fuera a comer al mediodía con su familia a la que yo apreciaba tanto. Me esforzaba en evitar su mirada, que no me dejaba, y en no prestar atención a sus palabras, que antes me cautivaban. Al cabo de un cierto tiempo, decidí que él no debía existir más.

La verdad es que quería protegerlo. Lejos de mí, él también podía ser feliz. Estaba convencida.

Una fría y oscura tarde de noviembre, me precipité en el metro. Cuando salí, en la estación Émile-Zola, el frío me sobrecogió con violencia.

Seguí mi camino, y cuando llegué a la portería de mi casa, apenas oí una voz que surgía detrás de mí.

—¡Charlène, espera! Tenemos que hablar. Mírame, por favor.

Máxime se encontraba allí, inmóvil bajo el resplandor de la luz de las farolas.

Estaba muy cerca de mí y me miraba, impasible. La nieve cubría su pelo rubio.

—¿Me has seguido?

—Sí.

—No tendrías que haberlo hecho. Déjame tranquila.

—Era la única manera de que me escucharas.

—Muy bien. Venga, habla.

—De hecho, más bien eres tú quien me debe una explicación.

—¿Adónde quieres ir a parar?

Lo sabía muy bien pero me negaba a admitirlo.

—No te hagas la inocente, Charlène. Me evitas, lo haces adrede, lo sé perfectamente.

—No comprendo lo que dices. Ya te comenté que en este momento mis padres son bastante estrictos, y...

Me paré bruscamente. Su mirada penetrante me destrozaba. Hubiera querido gritarle que se fuera, que desapareciera de mi vida. Pero, en vez de hacer esto, me contenté con murmurarle en el silencio de la noche:

—Será mejor que te vayas a casa. Tengo prisa, déjame.

—Charlène, ¿qué pasa?

La verdad me quemaba los labios. Se acercó más a mí. Me cogió de los brazos.

—Bueno. Muy bien, ya que insistes, seré franca contigo. Tenemos que dejar de ser amigos. Esto sólo te va a traer problemas. Mereces algo mejor. ¿Has oído los rumores que circulan sobre mí? Pues mira, sí, es verdad que intenté quitarme la vida cuando tenía trece años. No soy como los demás, ¿sabes? Y además, ni sé por qué te explico todo esto. Deberías irte, alejarte de mí. No soy una chica para ti, no soy digna de tu amistad. Seguramente tienes cosas mejores que hacer que estar perdiendo el tiempo con alguien como yo, de verdad. Aprovecha tus dieciséis años, encuentra a otra persona, diviértete, te lo ruego, Máxime. Te aprecio demasiado para dejarte...

—¡Para!

Me callé ante el sonido súbitamente brutal de su voz. No me di cuenta de que en aquel momento Máxime estaba tan sólo a algunos centímetros de mí. Sentía su respiración. En silencio, me abrazó. Una angustia muy tierna anidó en mi vientre, pero la causa no era el miedo. Dejé que me besara, que me cuneara. Me ofrecía el calor de un amor que hasta entonces nadie se había dignado darme.

Los dos compartíamos una felicidad intensa que aumentaba a lo largo de los meses. Nunca antes había vivido algo comparable. Me estaba convirtiendo en una persona normal. En una adolescente como cualquier otra, como las que vemos cada día en las puertas de los institutos. Me sentía viva, empezaba a tolerarme, a aceptarme, a amarme casi. Y amé a Máxime, sin nota discordante, sin errores ni obsesiones, con un amor sin odio, de la manera más simple, tal y como los demás saben tan bien hacer.

Amé hasta olvidar a Sarah. Hasta desinteresarme por su presencia. Hasta dejar de escuchar la pequeña voz en mi interior. Hasta creer que estaba curada para siempre.

Sus brazos eran sosegadores y afectuosos. Respiraba el olor de su jersey cuando iba andando por la ciudad cogida de su mano. Estar cerca de él, atisbar su cara y sus manos, oler su perfume, observar el contorno de sus labios, todos aquellos pequeños detalles me hacían feliz. Aprendí a reír, a no bajar más la vista cuando me observaba, a dejar que me susurrara al oído «te quiero», a creer cada una de sus palabras, de sus promesas. Simplemente, estaba aprendiendo de nuevo a vivir.

Ya está. Creo que amar es más o menos esto.

Al cabo de cierto tiempo, Máxime se empeñó en conocer a mis padres. Yo no entendía qué interés podía tener aquel encuentro. Hasta entonces, no les había dado mucha confianza, y la idea de presentarles a mi novio me parecía más bien embarazosa; no sabían gran cosa de él, excepto que para su hija era algo más que un simple amigo. Pero Máxime insistió tanto, que aquella tarde acepté.

Llegó a las siete. Le abrí la puerta. Me besó tan sólo en la mejilla, probablemente por el pudor que le producía hacerlo delante de mis padres. De manera cohibida y torpe, le entregó a mi madre un ramo de flores azules y a mi padre una botella de beaumes-de-venise^[9].

Máxime le gustó enseguida a mis padres. Su sencillez, su franqueza, su humor, su alegría, todo lo que me sedujo les embelesó con la misma facilidad que a mí. Debieron de decirse que yo había cambiado tanto durante aquellos últimos meses, en parte gracias a él. En un momento de la cena, el tiempo se paró. Todos estaban allí, Máxime, mis padres, Bastien, todos los que me amaban y a los que amaba. Estaba con ellos. Y me di cuenta de que era feliz.

A las nueve, cuando acabamos de cenar, Máxime y yo salimos, cogidos de la mano, en el denso frío de la noche. Me dijo que había encontrado a mis padres muy simpáticos, a mi madre encantadora y a mi padre lleno de humor. Me dijo que me amaba. No paró de repetírmelo. Entramos un momento en el café de la calle De l'Harmonie —nuestra vieja costumbre—, y después continuamos caminado por las calles desiertas, en el corazón de la noche, hasta su casa. Me propuso entrar. Y al final, después de un momento de duda, acabé siguiéndolo, cogida de su mano, hasta su habitación.

El cuarto estaba bañado por una extraña quietud. Fuera, la lluvia había empezado a caer, crepitando suavemente. Estábamos a oscuras, por lo que no llegaba a distinguir su cara que, sin embargo, se encontraba tan cerca de la mía. En la proximidad, respiraba el olor de lluvia y sudor de su cuerpo, que me llamaba en silencio.

Me dejé llevar, poco a poco, callada, rendida por sus torpes gestos, por sus manos temblorosas a las que poco a poco iba perteneciendo. Entonces, cuando supe que había llegado el momento, que estaba dispuesta a abandonarme, cerré los ojos, para no tener que pensar. «Tranquila. Te quiero».

La ternura de sus «te quiero» serenaba mis temblores y se perdía en mi cabeza, al tiempo que sentía cómo el dolor entraba en mí lentamente y después se calmaba poco a poco. Mientras nuestras pieles se sellaban en un único cuerpo, me callé y escuché cómo su corazón latía fuertemente, como si pudiera revivificar el mío.

Después del amor, encendió la luz y cogió un cigarrillo. Yo estaba acostada en el otro lado de la cama, sin ni tan siquiera rozarlo, dándole la espalda y mirando la lluvia por la ventana. No dijimos nada. Se puso a mi lado y me preguntó si yo lo quería. Su piel estaba ardiente. Sentía su respiración en la mía, que temblaba.

Se puso a hablar. Ya no lo escuchaba. Una especie de temor acababa de anudarme el vientre.

—Tengo que decirte algo, Máxime.

Me volví hacia él. El resplandor de su mirada me deslumbró. Murmuré:

—A veces, ocurre que mato a la gente a la que quiero.

Me puse a reír pensando que él haría lo mismo. Pero se quedó en silencio. Su mirada nunca me había dado tanto miedo.

Perder la partida

Durante cinco meses, creí en la felicidad. Creí con porfía, con esperanza, incluso con convicción. Le tomé el gusto y me negué a ver que tarde o temprano aquella beatitud se desvanecería.

Pero no fue él quien se fue. Fui yo quien acabó huyendo.

Durante el tiempo en que Máxime y yo nos amamos, pensé que, en lo concerniente a Sarah, todo había terminado. Había conseguido entregar mi amor a otra persona. A alguien que había sabido dármelo y que me había enseñado de nuevo a vivir. Pero de hecho, no se había acabado nada. La obsesión necesitaba volver a la superficie en un momento u otro. Un dolor tan intenso, tan tenaz, una locura como aquélla no sabría desaparecer tan fácilmente.

Sarah tampoco me había borrado de su mente. Y escogió el mejor momento para decidir quitarle a Máxime lo que le pertenecía a ella: yo.

Un viernes del mes de mayo, saliendo del instituto, me llamó de lejos. Casi había olvidado el sonido de su voz.

—Hola, *Charlie*. ¿Qué tal?

Le dirigí una mirada incrédula. Estaba allí, cerca de mí, caminando a paso rápido para poder seguirme. Era ella la que ahora posaba su mirada en mí como si tuviera algo que reprocharse. Era la primera vez que la sentía molesta ante mi presencia. En lo que a mí concierne, estaba completamente desconcertada.

Me preguntó qué era de mi vida, después de todo aquel tiempo:

—Es cierto que las dos nos hemos distanciado mucho desde que sales con Máxime. Nada es ya como antes —y añadió que se alegraba por mí—. Se te ve contenta, es un chico majo; te lo mereces, *Charlie*, de verdad. A mí —continuó—, ahora la vida no me sonrío. Quizás ya sabes que mi abuela murió en enero. Desde entonces, no vamos muy bien de dinero porque económicamente dependíamos mucho de ella. Y además, seguramente ya habrás notado que desde hace algún tiempo en la clase me vuelven la espalda, a causa de ciertos rumores que circulan sobre mí. ¿Sabes?, he encajado los golpes bajos, las injurias de todo tipo. Pero es difícil cuando se tiene mala reputación.

—Lo comprendo, Sarah.

Cuando volvió a hablar, añadió que había pensado mucho en nosotras, en nuestra amistad. Que sentía mucho todo lo que había pasado. Que hubiera querido poder confiarse a mí otra vez, como antes:

—Pero ahora lo comprendo, es cierto que las cosas no siempre han sido fáciles entre nosotras. En fin, es agua pasada. Desde entonces las dos hemos madurado mucho.

Y justo en aquel instante dijo:

—Charlène, perdóname todo lo que te he hecho.

Cuando pronunció aquellas palabras, otra persona en mi lugar hubiera gritado

probablemente victoria y no le habría perdonado nada. En aquel momento hubiera tenido que mirar cara a cara a aquella adversaria por primera vez, sin dudarle, para así salir vencedora de su desafío, con la cabeza bien alta y sin arrepentimientos. Pero no hice nada de esto. Al contrario. Y cometí el peor de los errores. Volví a caer. Tuve piedad de ella, de la tristeza que se leía en sus ojos. Cedí, me compadecí cobardemente, sellando para siempre jamás el pacto de alianza con mi locura.

Y después me propuso que fuera a dormir a su casa al sábado siguiente, como cuando éramos niñas, para hablar, para *volvernos a encontrar*.

—De acuerdo, Sarah. Iré, prometido.

Así pues, me encontré de nuevo en el pequeño piso del distrito 12.º que conocía tan bien, con su silencio abrumador, su luz pálida, su olor incomparable. Los murmullos secretos en la penumbra de su habitación empezaron de nuevo, como si jamás nada los hubiera interrumpido. Y percibí otra vez el estallido de su risa, el dolor de sus lágrimas cuando se confiaba a mí, el perfume de su pelo, cerca de mi cara cuando me despertaba, la claridad de su voz, su mirada inquietante, todo volvió a comenzar.

Quise creer en ello. Me convencí de que Sarah había cambiado tanto como yo. Pensé que las dos deseábamos volver a encontrar la amistad de nuestros trece años, olvidar el odio que nos había destruido. Quería creer en ello. Y creí.

Me convencí de que todo aquello que me había hecho sufrir en el pasado no era tan importante. De que a partir de aquel momento, Sarah y yo teníamos una relación de igualdad, que, al fin y al cabo, no había habido entre nosotras ni vencedores ni vencidos. Ahora que tenía a Máxime y a Sarah, mi felicidad sería completa. El equilibrio volvía a reinar en mi vida y ya no tenía que preocuparme por nada: estaba curada.

La verdad es que no vi venir las cosas. O más bien, que no quise comprender.

—¿Qué te pasa, Charlène? Dime, ¿dónde estás?

La voz de Máxime perturbó la calma. Me abracé a él y nos besamos. No sabía qué responderle. ¿Cómo podía calmar sus preocupaciones? No encontraba las fuerzas para hacerlo.

—No me pasa nada, Máxime, te lo aseguro. No me pasa nada.

—Charlène, te lo ruego. No vuelvas a caer en sus garras. Sé muy bien lo que va a pasar.

—No. Te lo prometo, ha cambiado. No es como antes. Quiere que volvamos a ser amigas.

—No me lo creo, lo siento. Y yo de ti, no me fiaría de esa chica.

—¡Déjame!

Me levanté de la cama bruscamente. Sin decir palabra ni dirigirle una mirada, me volví a vestir bajo la expresión desengañada de sus ojos.

—Tengo que irme. Sarah me espera. Vamos a un restaurante esta noche, con su madre. Adiós.

Poso sobre sus labios un beso helado. Me voy sin tener tiempo de responder al «te quiero» que me ha soltado desde su habitación, como un último grito desesperado.

No, no vi venir nada.

Entré de nuevo en el juego de Sarah. Creí en todas sus promesas, dejé que ganara mi confianza. La escuché cuando me explicó sus penas, la abracé mientras lloró cuanto quiso, y así, de manera espontánea, le prometí que la ayudaría lo mejor que pudiera, se lo juré en nombre de nuestra amistad.

Finalmente, logró convencerme de que todo era culpa mía. Era yo la única responsable de su aflicción, tenía que declararme culpable. Porque así lo había decidido ella.

De modo que, tal y como se lo había prometido, la ayudé. Ahorré durante meses y meses el dinero de bolsillo y el que ganaba haciendo pequeños trabajos, para colaborar con su madre en el pago de las deudas. Después, me esforcé en convencer a todos sus antiguos amigos de que Sarah había cambiado mucho y era una buena chica. Sacrifiqué horas y horas escuchándola, tiempo que podía haber pasado con Máxime. Lo di todo. Todo el amor, toda la fuerza, la poca valentía y voluntad que me quedaban. Tan sólo para oír cómo me decía de nuevo que era su mejor amiga, la persona a la que consideraba más valiosa, y para siempre.

Poco a poco, sin previo aviso, volví a acechar cada uno de sus movimientos, simplemente para comprobar que estaba bien y así tranquilizarme. Y después, de manera muy rápida, volvió a convertirse en una obsesión. Todo empezó de nuevo, volvió a reírse de mí, a pasar los fines de semana y las veladas no sé dónde, con amigos mayores que ella —a los que yo odiaba—, sin dignarse proponerme que los acompañara; me había vuelto transparente, estaba muerta por segunda vez, porque me ignoraba. Más tarde, invadida súbitamente por un deseo desenfrenado, me ponía a llamarla en plena noche, simplemente para que el sonido de su voz me probara que estaba en su casa, y no en compañía de otras personas. Cuando iba a su piso, no podía resistir a la tentación de robarle objetos que le pertenecían, o simplemente de registrar sus cajones, ya que podía además mentirme o esconderme cosas. Supo invertir los papeles en un santiamén, y volví a ser yo la que necesitó que me diera confianza, la que se puso de rodillas para implorar su atención.

Cuando finalmente abrí los ojos, ya era demasiado tarde. Sarah se había aprovechado de mí, había necesitado mi apoyo únicamente para salir a flote. En el fondo, no había cambiado. Hubiera podido aprovecharme de su momento de debilidad para hacer algo, para reducirla a la nada, pero, impotente, no reaccioné, la creí. Cuando tuve que admitir mi terrible fracaso, cuando me di cuenta de la gravedad de su traición, el odio me invadió de nuevo, más fuerte y más doloroso que nunca. Lo había perdido todo. Ella me había matado.

Después del mes de junio, todo se torció. El verano había llegado, un bonito verano, lleno de sol. Me quedaba encerrada en mi casa, en mi habitación, ignorando las continuas llamadas de Máxime. Telefoneaba a Sarah cada día, pero al otro lado de la línea sólo se oía la voz del contestador. «Sí, habéis llamado a casa de Sarah y Martine, pero en este momento no estamos. Podéis dejar un mensaje después de oír la señal. Os llamaremos lo antes posible. Gracias y hasta pronto». El sonido breve aparecía y yo me quedaba muda. Cuando el tiempo previsto había transcurrido y en el auricular empezaba a sonar la tonalidad larga de la línea telefónica, colgaba. Pasaba el tiempo buscando su presencia, una llamada, una visita, una carta, cualquier cosa, esperaba. Le escribía lo que podía. Le explicaba pequeñeces, el más mínimo acontecimiento que pudiera hacer cambiar mi insignificante vida. Y, desprovista de algún tema de conversación para llenar la carta, incluso llegaba a inventármelo. Me preguntaba lo que hacía, dónde y con quién estaba, si era feliz, si pensaba en mí y si me echaba de menos. Los días y las semanas pasaban: sin noticias. A fuerza de ver el buzón, cada vez que lo abría, sin cartas de Sarah, únicamente con correspondencia de Máxime que ya no tenía el valor de abrir, acabé diciéndome que quizás había habido un problema de dirección en correos, que las cartas que me había enviado seguramente se habían perdido. Sólo encontraba esta explicación a la ausencia de señales de vida que daba. Vivir sin su presencia me era insoportable. La obsesión me corroía. Pero sabía que volvería. Sabía que no me había abandonado del todo, que un día u otro empezariamos de nuevo a formar las dos un todo único.

Poco a poco, la voz volvió a surgir. Me sorprendía hablando conmigo misma.

«—¿Qué quieres de mí, por Dios? ¿No vas a dejarme tranquila de una vez por todas para que pueda vivir mi vida?

—¡Déjame! Eres tú la que provoca todo esto. Estás aquí para hacerlo y ahora es imposible dar marcha atrás: es demasiado tarde.

—¿Qué pretendes? ¿Qué buscas acosándome así?

—Simplemente que cedas. En cuanto hayas cumplido con lo que te pido, todo será diferente, te lo prometo. No vendré nunca más a molestarte. Podrás vivir como creas conveniente, de todas formas ya no estaré aquí para verlo.

—Dime lo que debo hacer para que te vayas.

—Quiero saber si Sarah me miente. Estoy convencida de que me esconde algo. Quiero que la espíes, que la sigas, que observes cada uno de sus actos hasta que ceda. Tienes que ser más fuerte que ella, que sea ella la que te implore y te pida perdón. En cuanto estés segura de que te pertenece por completo, de que eres tú la que puede con ella, y le hayas hecho pagar todo lo que nos ha hecho soportar a las dos, entonces me irá.

—¿Prometido?

—Prometido».

Una mañana de julio, marqué el número de Sarah. Conté con incertidumbre tres o cuatro tonalidades, y en el momento en que el contestador iba a dispararse, su voz surgió como en un sueño. Me puse a temblar. Pensé en colgar, pero Sarah me cogió de improviso.

—Charlène. Sé que eres tú.

—...

—¿Charlène?

—¿Has recibido mis cartas?

—Sí, y tus llamadas anónimas también. Tus mensajes en el contestador. Había cientos. Se diría que te has pasado así las vacaciones. ¿Sabes que estuve a punto de llamar a la policía? Y después, cuando me di cuenta de que sólo podías ser tú, me dije que teníamos que solucionar esto entre las dos.

—Nunca te encontraba... No sabía dónde estabas.

—Estaba en el sur, con unos amigos. Nos costeamos una pequeña escala aventurera. Por si te interesa saberlo, te diré que ha estado muy bien. Evidentemente, no podía llevarte conmigo, compréndelo. Ya debes haber notado que mis amigos no son forzosamente los tuyos, y que éstos en particular no te aprecian mucho.

—Podías haberme avisado.

—¿Qué esperabas? ¿Qué te llevara conmigo de vacaciones? Si preferí no decirte nada, fue para no sentirme obligada a invitarte. Si se hubiera dado el caso, sé exactamente cómo habría terminado todo: te habrías pasado el tiempo controlándome de lejos, haciendo todo lo posible para enemistarme con mis amigos o con mi novio, en pocas palabras, me habrías estropeado las vacaciones. Te conozco mejor que nadie, tus celos obsesivos, tu paranoia, todas tus rarezas. Hace bastante tiempo que soy el blanco de todo esto, por lo tanto, evidentemente, era incuestionable que lo aguantara una vez más.

—No me diste noticias. Estaba preocupada.

—Bueno, *Charlie*. Estoy harta de andar con rodeos. Así que, ahora vas a escucharme. Métete en el tarro que tú y yo ya no somos amigas desde hace tiempo. Pero como aparentemente no quieres admitir esta idea, te hablaré francamente. Para mí no eres nada. No me has aportado nada. Aparte de algunas locuras de cría cuando tenía doce o trece años, en suma, chiquilladas. El resto, no fue nada, no cuenta. Paso de ti, de tu vida, de lo que puedas pensar. No te preocupes por mí porque te olvidaré muy deprisa. Si por tu parte es imposible, entonces peor para ti, a mí me da igual.

—¡No tienes derecho! ¡No tienes derecho a decir esto después..., después de todo lo que he hecho por ti!

—¡No, por favor! No saques los viejos buenos argumentos, es demasiado fácil. Ya no funcionan, se acabó la época en que me hacías ceder intentando suicidarte o haciendo gilipollices de ese tipo.

—...

—Así que, ¿no tienes nada que decir a esto?

—Lo siento.

—Sabía que lo dirías. Hace años que me repites que lo sientes y ahora ya empiezo a estar un poco harta. Pero bueno, ¿te has mirado bien, Charlène? Hace cuatro años que aguanto tu carácter imposible, tus psicodramas de cría perturbada, tus estados de ánimo imprevisibles. Estoy harta, ¿lo pillas? Yo he madurado. Y además lo he hecho todo para ayudarte, pero no ha servido de nada. Eres demasiado corta.

—¡Sarah!

—Dentro de seis meses me vuelvo a los Estados Unidos. Me han dado una beca de estudios. Es una oportunidad que no se le ofrece a todo el mundo. Me largo definitivamente. Mi madre viene conmigo, mi novio viene conmigo, incluso mi padre quiere reanudar el contacto. Pero no vayas a creer que lograrás convencerme de que me quede. Me voy para vivir, vivir para la gente a la que quiero,irme para librarme de ti. Tu presencia me impide madurar. Eres todavía una niña. Ya no puedo hacerme responsable de ti. He llegado hasta tal punto, que ya no puedo respirar sin encontrarte detrás de mí. Me ahogas. Ahora tengo cosas mejores que hacer que ayudarte. Charlène, tú y yo somos demasiado diferentes. Necesito espacio, vida. Y tú sólo sabes vivir enclaustrada. No podré seguir cambiando si te estás pegando a mí constantemente. Me asfixias. Déjame. Hasta nunca.

Hubo un ruido sordo y después ya nada. Ni voz, ni Sarah, sólo el vacío y el sonido intermitente de la línea telefónica que seguí escuchando durante unos minutos antes de colgar.

No lloré, ni grité, ni hice nada. Me cambié de ropa, me cepillé algo el pelo, me coloqué bien las gafas de sol en la cabeza y me sujeté al hombro la mochila bandolera.

—Salgo, mamá. No me esperes.

Cerré la puerta y caminé. Mis pasos resonaban sobre el adoquinado caliente. Anduve hasta llegar al café de la calle De l'Harmonie. Cuando llegué, empujé la puerta, con cuya abertura se oía un carillón, y recorrí con la mirada la sala abarrotada hasta cruzarme con la silueta de Máxime, que se encontraba allí, a pocos metros de mí, solo en nuestra mesa. Estaba con la cabeza vuelta hacia la ventana, y miraba fijamente el vacío de la calle.

—¿Puedo sentarme?

Se volvió hacia mí. Me sostuvo la mirada. Nunca hasta entonces me había observado de aquella manera. Bajo la luz del sol que atravesaba el cristal e iluminaba su cara, me pareció descubrir sus ojos por primera vez. Nunca me había fijado en qué grado su azul era oscuro; un azul noche, uniforme, fosco. Un dolor indecible se había gravado en ellos. En aquel momento, un nudo empezó a comprimirme de nuevo los músculos de la garganta.

No esperé a que me respondiera para sentarme frente a él. Encendí el último

cigarrillo del paquete y pedí limonada. Aguardé a que hablara él porque yo no podía decir nada.

—¿Dónde estabas? Te he llamado por lo menos cien veces, te he escrito veinte cartas en un mes. Ninguna noticia, nada. Estaba muy preocupado por ti. Llegué a imaginar lo peor antes de admitir que habías podido olvidarme... Dime, ¿es eso? ¿Me has olvidado, no?

—Máxime...

Posé mi mano sobre la suya: su frío, al tacto, me sorprendió de inmediato. Continué mirándolo fijamente a los ojos, y no dije nada, como si aquel silencio hubiera podido suavizar las cosas. Apagué la colilla en el cenicero y le pregunté si podíamos ir a otra parte. Se levantó y me cogió de la mano. Dejamos el café de la calle de l'Harmonie y caminamos en silencio hasta su casa, hasta su piso desierto, hasta su habitación. Durante el tiempo en que nos amamos, no pude apartar la mirada ni una sola vez de sus ojos, harto grandes y azules. Nunca los había visto llorar hasta aquel momento.

Cuando acabamos, me lo quedé mirando. En el vahído evanescente que se desvela únicamente durante los minutos que siguen al amor, uno de esos instantes en que reina el silencio, me dijo:

—¿Entonces, hemos terminado?

Asentí con la cabeza.

—Es mejor así. Es lo que nos conviene tanto a ti como a mí —le dije.

—Es tu decisión. Y supongo que ya no puedo hacer nada para cambiarla —me soltó en voz baja, sin mirarme.

—Me alegro de que lo entiendas.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—No te preocupes por mí.

—Quiero que sepas que estaré a tu lado y que siempre podrás contar conmigo para lo que quieras.

—Tú ya me has dado bastante. Ahora, vive tu vida. Olvídame, te lo ruego. Es el último favor que te pido.

Le sequé las lágrimas de los ojos y me levanté. Me vestí, me coloqué bien las gafas de sol, me arreglé el pelo con la mano, y me puse la mochila a la espalda. Me fui sin mirar atrás.

Ya estaba hecho.

Ahora que había dejado a Máxime, ahora que lo había protegido definitivamente de mí, era libre y podía dedicarme al único designio que me mantenía todavía en vida.

Mirar cómo duermes

Necesitaba ordenar las ideas a toda costa. Y retirarme por completo del mundo era el único medio para ver más claro, para meditar con toda tranquilidad, para no saltarme los pasos a seguir y actuar de cualquier manera. Quería prever todas las situaciones, anticipar el más mínimo acontecimiento, minuciosamente, para no ser sorprendida repentinamente y estar obligada a improvisar. Quería que todo fuera perfecto, metódico, analizado. Si a lo largo de mi vida tenía que realizar un solo acto de órdago, sería aquél.

No fue un capricho. Lo calculé todo, lo preví todo, lo estudié todo. Me sentía preparada. La locura me guiaba y esta vez estaba dispuesta a escucharla. Me encomendé por fin a ella, en cuerpo y alma, para que me dejara vivir de una vez por todas.

Había tomado la decisión más contundente de toda mi vida. Claro que, si me hubiera conformado con olvidar a Sarah, tal y como ella me lo pidió, y hubiera seguido amando a Máxime, todo habría continuado de la manera más sencilla. Habría vivido la vida que él había imaginado para ambos, una existencia muy banal y monótona, amor, niños, un trabajo, y lo de siempre, la felicidad, como suele decirse. ¿Pero me hubiera librado del todo? No escapamos a nuestra propia locura esforzándonos en actuar como la gente normal. La locura es la más fuerte: tarde o temprano acaba saliendo de nuevo a la superficie. Cedí. Comprendí que la única manera de hacerla callar, era mirándola a la cara y ejecutando cada una de sus órdenes. Poco importaban las consecuencias. Por fin me liberaría de sus cadenas.

No ignoraba lo que estaba haciendo: era perfectamente consciente. Sabía que cometer una falta así a los dieciséis años era terrible, imperdonable, seguramente inimaginable. Pensé en la pena y en la humillación que infligiría con ello a mi familia y a Máxime, que lo habían dado todo para ayudarme a llevar una vida normal. Pasé revista a mi destino que sólo podía ser caótico, las secuelas morales, las perturbaciones, los miedos, la vergüenza, el peso de aquel acto que me perseguiría hasta el final de mi vida. Sabía que sería así. Pero también sabía que no podía evitarlo, que era más fuerte que yo y que era incapaz de luchar. Que las pocas maniobras que me bastarían para conseguirlo, aunque fueran de una importancia decisiva y de una gravedad extrema, eran el único recurso que me quedaba. Había elegido lo más horrible, lo más insostenible, pero lo sabía. Estaba completamente lúcida.

Me aprendí de memoria el guión, cada movimiento que debía ejecutar. Lo repetía diariamente, hasta altas horas, durante el mes que precedió a aquella noche tan esperada de septiembre. Sólo vivía para ello, a la espera del último instante.

La noche del jueves 7 al viernes 8 de septiembre de aquel año llegó por fin.

Fuera, en las calles medio desiertas, hacía bochorno. Las terrazas de los cafés estaban todavía llenas, las calles peatonales animadas, los ruidos de la ciudad todavía presentes, como si París hubiera rehusado dormirse; primer imprevisto.

Desde la ventana de mi habitación, miré la calle, los tejados grisáceos, las chimeneas. La ciudad estaba bonita aquella noche. El cielo despejado no tenía nada de un cielo de septiembre: bañado en la luz del crepúsculo, ora beige canela, ora rosa pálido, en algunas partes muy rojo y en otras muy luminoso, o henchido de algunas nubes perdidas, estancadas encima de algún tejado. Me pareció que desde lo alto del cielo alguien me estaba mirando, espiando. Y entonces pasó algo extraño: me puse a rezar. Fue la primera vez en mi vida. Sentada en el reborde de la ventana, con los ojos cerrados y embebidos en lágrimas silenciosas, le confesé a Dios que estaba dispuesta a matar, y le pedí que me perdonara. Esto tampoco lo había previsto.

Esperé a que acabara el crepúsculo porque quería que se cerrara la noche. Aceché por la ventana para asegurarme: las calles estaban desiertas, la muchedumbre había desaparecido. Aguardé todavía un poco más hasta sentirme preparada. En aquel momento tenía mucho miedo, claro. Pero ahora veo que sólo era aprensión, lo más nimio que se puede sentir en un momento así. Notaba esa especie de vértigo extraño que nos contrae el vientre cuando nos acercamos a un momento crucial, a un objetivo, y llega la hora. No temía todo lo demás. No temblaba, pero sentí una ligera humedad, un sudor que me rezumaba por las manos y la espalda. Cada segundo que me separaba del instante en que por fin dejaría mi habitación, hacía nacer en mí una angustia cada vez más oprimente. Sabía que una vez me hubiera lanzado, ya no podría dar marcha atrás. Sentí que el momento había llegado, así que me fui.

Hacía ya tres horas que mis padres dormían y no oyeron nada. Lo más discretamente posible, desaparecí por la ventana de mi habitación. El ruido de mis pasos rompió el silencio de las calles. Supe que lo único que tenía que hacer era caminar, con seguridad, hasta llegar al lado de Sarah.

La noche era agradable. De todas las que pude conocer a lo largo de mi vida, ninguna había sido similar a aquella. Y parecía que todos los ojos del mundo se hubieran clavado sobre mí, aquella pequeña y débil silueta cuya sombra corría por las paredes y los empedrados.

Llegué al inmueble donde vivía Sarah. Sabía que cada noche dejaba abierta la ventana de su habitación; escalar la pared hasta el primer piso era el único obstáculo que tenía que salvar. Miré si estaba el Peugeot 106 negro de su madre; no lo vi. Iban a dar las dos de la madrugada y sabía que no volvía nunca antes del alba. Recé para que aquella noche no hiciera una excepción. Sentí que el corazón me golpeaba el pecho con tanta fuerza, que creí que iba a estallar. Inspiré profundamente y por un instante cerré los ojos. Era una especie de último recogimiento. Oí la pequeña voz en mi interior que decía excitada: «Venga. Ya casi estás. ¿A qué esperas?».

Fui a por ello. Llevé a cabo mi plan: atravesar el portal. Después seguir el camino del jardín hasta la terraza del entresuelo, utilizar las celosías recubiertas de abundante

viña virgen para sujetarme, a fin de llegar al balcón del piso de Sarah. Hasta ese momento, no se presentó ningún obstáculo que frenara mi recorrido, excepto uno o dos resbalones que alertaron a los vecinos del entresuelo. Me agarré fuerte con las manos sudorosas para no caerme y mi cuerpo se inmovilizó. La luz se apagó. Todavía con más atención, trepé los dos o tres travesaños que me quedaban para acceder a la terraza del piso de Sarah.

La ventana se encontraba abierta, estaba cerca de la meta. Me acercaba cada vez más a su sueño: oía cómo respiraba, casi sentía cómo soñaba. Sin hacer ruido, aparté la cortina y me metí con premura en aquella habitación, donde había compartido con ella tantas noches y secretos. Mientras me acercaba lentamente a Sarah, me pareció oír nuestros cuchicheos de crías, de la época en que éramos amigas.

Estaba allí, acostada en el colchón puesto en el suelo, con la cabeza sobre el travesaño, las mechas del pelo recubriendo las sábanas, la mano izquierda cerrada delante de su cara y la otra descansando sobre la cubierta de la cama. Inmóvil. Apenas percibía su respiración. No se despertó. Me acerqué y me senté delante de ella para contemplarla en su reposo. Sólo estábamos ella y yo, cara a cara. Ya podía hacerlo.

Cogí el travesaño, con cuidado, lentamente. Ya nada podía impedir que actuara. La miré por última vez. Hubiera querido poder cerrar los ojos un instante, pero me esforcé en mantenerlos abiertos. Me era imposible no estar consciente.

Entonces lo paré todo: el tiempo, el silencio, la paz, la pureza del sueño, el reposo de la noche. Esgrimí el travesaño y lo aplasté contra su cara, con toda la fuerza que me quedaba en el cuerpo. De pronto, se estremeció, y bajo mis manos, sentí cómo su cuerpo forcejeaba, sus brazos y manos enloquecidos, sus gritos ahogados bajo la almohada. Persistí. Hasta el final. Me agarró de las muñecas, pero fui más fuerte que ella. Le impuse a su cuerpo que parara de luchar. No cedí, mantuve el travesaño aplastado contra su cara todavía con más fuerza y ardor. Las imágenes de lo que sucedió vuelven una y otra vez de manera obsesiva a mi mente, a pesar de que todo duró apenas unos minutos. Tenía que ir vencéndola segundo a segundo. Todo mi cuerpo dominaba el suyo. No recuerdo lo que pude sentir mientras lo hacía. Pienso que en un momento como aquél, la razón ya no es dueña del cuerpo. Me invadió algo breve, un estado de éxtasis último, de corta inconsciencia, de confusión, de extravío de mí misma. Sólo contaban mis manos sobre el travesaño y el travesaño sobre su cara. No existía nada más. Acababa de crear el vacío. Pero había ganado.

Reaccioné bastante más tarde, no sé exactamente cuánto tiempo después de que sus manos dejaran las mías. Ahogado, agotado, su cuerpo acabó cediendo. Cuando observé que todo había terminado, que ya no sentía su respiración bajo mis manos, que su cuerpo estaba sin vida, tomé conciencia de que acababa de matar a Sarah.

Levanté el travesaño y grité en silencio al descubrir aquella cara tan cerca de mí, lívida y letárgica. Sólo duró una fracción de segundo. Cerré los ojos ante la muerte que había provocado. Entonces me pareció ver, al lado de aquel cuerpo inerte, el de la

pequeña Charlène dormida en el otro lado de la cama. Un vértigo nauseabundo me invadió y dejé a Sarah tal cual, acostada sobre las sábanas, como si continuara durmiendo. Me fui de la habitación y del piso tal y como lo había hecho para entrar, apenas unos minutos antes. Todo había ido demasiado deprisa. Para volver, tomé el mismo camino, sin mirar atrás. Corrí sin parar, sin ver otra cosa que no fuera la sombra de la noche que me devoraba. Después de andar unos cien metros, me tuve que parar en la esquina de una calle para echar hasta la papilla en una papelera.

Cuatro días después, vuelvo a casa alrededor de las cinco. Hace una tarde muy bonita, de las que siempre querrías encontrar a la salida del instituto. Acabo de empezar primero^[10], en la modalidad de economía^[11]. Hace ya dos horas que trabajo sin parar en mi escritorio. Los cientos de papeles amontonados en desorden, libros, hojas sueltas, fotocopias y demás cosas de las clases, un yogur con un cero por ciento de materia grasa a mi derecha y el último número de la revista Veinte años a mi izquierda, me hacen tener buena conciencia. He dejado la ventana de mi habitación abierta al cielo, y las cortinas nuevas que colgué ayer se balancean y agrandan bajo el dominio de la suave brisa.

Son casi las ocho y se oye sonar el timbre desde el pasillo. Esta tarde mis padres no están. Airada por esta interrupción, voy a paso ligero hasta el umbral de la entrada, abro la puerta, que desvela en su encuadre una silueta muy alta y delgada, quieta delante de mí, con las manos en los bolsillos y los ojos vidriosos.

—Vaya... Hola Máxime.

Se me acerca. Su semblante es serio e impassible. Hace más de dos meses que no lo veo. Ha adelgazado, lo noto enseguida. Parece mentira cómo ha cambiado desde nuestra ruptura. Lleva un pantalón demasiado ancho para él, una camisa extravagante con motivos peculiares bajo una americana larga y ajustada que le da un estilo muy original, pero que no le va nada bien, no es para él.

Me alzo, le doy prestamente un par de besos y lo invito a entrar.

—Siéntate.

—No, gracias. Prefiero quedarme de pie.

—Como quieras.

Baja sus grandes ojos y no dice nada más. Quizás espera a que le pregunte a qué se debe su inesperada visita. Pero empiezo a hablarle de mí, de los nuevos profesores, de los compañeros, del café. Enseguida noté que no me escuchaba.

—Y tú, ¿qué es de tu vida?

—Nada de especial. He entrado en S^[12], pero no me motiva mucho. Tengo ganas de dejar los estudios. Estoy un poco harto del instituto.

Y añade que tiene una nueva amiga que se llama Marianne y vive en su escalera. De momento le parece que va bien, pero ignora si su relación durará. En fin...

Para de hablar y levanta los ojos hacia mí, me mira durante unos segundos sin

decir nada, y prosigue con esa voz tan débil, tan lenta, ligeramente ronca por el tabaco:

—Ayer por la mañana hallaron el cuerpo de Sarah en su habitación. Su madre se había ido fuera por algunos días y se la encontró allí. Asfixiada.

Me quedé parada. Mi vida, mis sentidos, mi razón iban a cámara lenta, mientras que a mi alrededor todo se movía y corría. Me sentía perdida, en ningún lugar. No alcanzaba a pensar. No sabía cómo reaccionar. Hice ver que estaba desconcertada por la noticia. En realidad, gritaba de dolor porque Máxime acababa de desnudarme, y no me lo esperaba.

—La hipótesis del asesinato es irrefutable, añadió para romper el silencio. La policía ha abierto una investigación. Ya veremos lo que pasa...

—Yo... Realmente, no sé qué decir...

—Ayer por la tarde pasé por delante de su casa. Había polis por todas partes y un gran jaleo enfrente del inmueble, así que no pude ver gran cosa.

—¿Quién ha podido hacerlo? En fin, yo... Es realmente terrible.

—Charlène. Para. Lo sé todo.

No necesitó añadir nada más. Ni yo tampoco. Todo estaba claro entre nosotros. Sin pruebas que me inculparan, antes de haber podido confesar algo, Máxime lo sabía.

Cerrar los ojos me tranquiliza, quizás cuando los abra de nuevo todo habrá desaparecido. Afrontar la mirada de Máxime me es insoportable. Frente a mí, lo adivino, imperturbable pero torturado, esa mirada me acusa y me implora perdón a la vez. Siento cómo tiembla, cómo reúne todas sus fuerzas para no dejar que aparezca ni por un segundo su conmoción. Pues conozco a Máxime, y sé que, en el fondo, el que se siente peor de los dos es él.

Me he olvidado de respirar. Ya no sé cómo se hace. Los primeros sollozos han tardado en llegar. Pero después han empezado a cerrarme los bronquios, a oprimirme la garganta y el pecho. Ya no sé por qué lloro. Ya no sé por qué soy culpable ni por qué he matado.

Máxime no dice ni una palabra más y se acerca a mí. Me mira, calma mis sollozos, mi miedo, mi cólera y mi vergüenza abrazándome muy fuerte. Espera pacientemente a que me calme, a que retome el aliento, encarcelado todavía por las lágrimas.

—Dime lo que piensas hacer ahora —acabé diciendo.

—Lo he intentado todo, Charlène, todo. No puedo hacer nada, me siento desarmado, demasiado cobarde, demasiado débil. Me obsesionas. No puedes figurarte cómo me gustaría no amarte, cómo me detesto por sentirme impotente. Puedo comprenderte, pero no puedo apoyarte. No haré nada. Ya no puedo hacer nada. Lo he intentado todo para ayudarte a amar la vida. Has sido más fuerte que yo, o bien Sarah es quien lo ha sido. Ya no lo sé. Pero te conozco mejor que nadie, Charlène. Eres una persona misteriosa, huyes, te escondes. Quisiera poder compartir contigo este

universo. Pero no puedo. Me necesitaste en un momento dado de tu vida, pero ahora rechazas mi ayuda. Lo único que tengo que hacer a partir de hoy es olvidarte, echarte fuera de mi vida, inclinarme ante tu elección, encarnizadamente. Lo acepto. ¿Qué quieres que haga después de esto? Ahora te toca decidir a ti. Lo único que puedo decirte es que jamás te traicionaré, Charlène. Jamás. Haré ver que no sé nada. Seguiré callando. Vi enseguida lo que iba a suceder. Lo comprendí incluso antes de que tú misma te dieras cuenta. Creo que ya imaginaba que todo esto acabaría mal, que tenías que matarla para sentirte libre. Pero callaré. Desapareceré de tu vida tan despacio como entré. Eso es todo.

No podía mirarlo. Atacada por fuertes convulsiones, esperaba a que las palabras se liberaran de mi garganta encarcelada.

—Entonces, dime lo que debo hacer —solté.

Me cogió las muñecas entre sus manos y me miró fijamente durante un buen rato, como si quisiera amansar mi odio, y hacer salir de mí la verdad.

—Charlène, mírame a los ojos y dime que sientes lo que has hecho.

De repente, mis sollozos se calmaron. Mantuve la cabeza baja porque no quería que me viera la cara. No supe decírselo. ¿Cómo explicarle que no tenía ningún remordimiento, y que a pesar del dolor, del odio y la vergüenza, había salido victoriosa para siempre jamás de una vida detestada?



ANNE-SOPHIE BRASME (Metz, Francia, 1984). Es una escritora francesa. En 2001, año que acabó sus estudios en el liceo, se publicó su primera novela *Respira* (*Respire*), que narra el trágico destino de una estudiante de secundaria encarcelada después de matar a su mejor amiga. Recibió el Primer Premio de Novela de la Universidad de Artois y vendió más de 40 000 copias.

Publica en 2005 *El Carnaval de los monstruos* (*Le Carnaval des Monstres*), Maruca, de 21 años, es muy fea. Un día conoce a Joaquín, un fotógrafo con quien vive una relación destructiva. Esta segunda novela recibió el premio de la *Feuille d'or de la ville de Nancy*.

Actualmente es profesora de Letras Modernas.

Notas

[1] Sexto equivale en España a 6.º de primaria. (N. de la T.). <<

[2] Quinto equivale a 1.º de la ESO. (N. de la T.). <<

[3] Marca de un bronquiodilatador, el salbutamol, que es utilizado para calmar los ataques de asma. (N. de la T.). <<

[4] HEC (*École des Hautes Études Commerciales*) es la sigla de una escuela superior privada, perteneciente al grupo de *Ecoles Supérieures de Commerce* francesas, donde se cursan estudios empresariales. (N. de la T.). <<

[5] Marca de un licor amargo a base de naranja, genciana y quina. (N. de la T.). <<

[6] Tercero es en España 3.º de la ESO. (N. de la T.). <<

[7] Segundo equivale a 4.º de la ESO. (N. de la T.) <<

[8] Sigla que significa «*Travaux Pratiques*», que son los ejercicios prácticos que los alumnos franceses tienen que realizar obligatoriamente a lo largo del curso en algunas asignaturas. (N. de la T.). <<

[9] Vino blanco, dulce, que se puede tomar como aperitivo, con un postre o con algunos primeros platos. Se cultiva en los viñedos del Ródano. (N. de la T.). <<

[10] Primero, en Francia, equivale a 1.º de Bachillerato en España. (N. de la T.). <<

[11] En el sistema educativo español es la modalidad de Humanidades y Ciencias Sociales. (N. de la T.). <<

[12] S es la «*section scientifique du Bac*»; en España, la modalidad del Bachillerato de Ciencias de la Naturaleza y de la Salud. (N. de la T.). <<